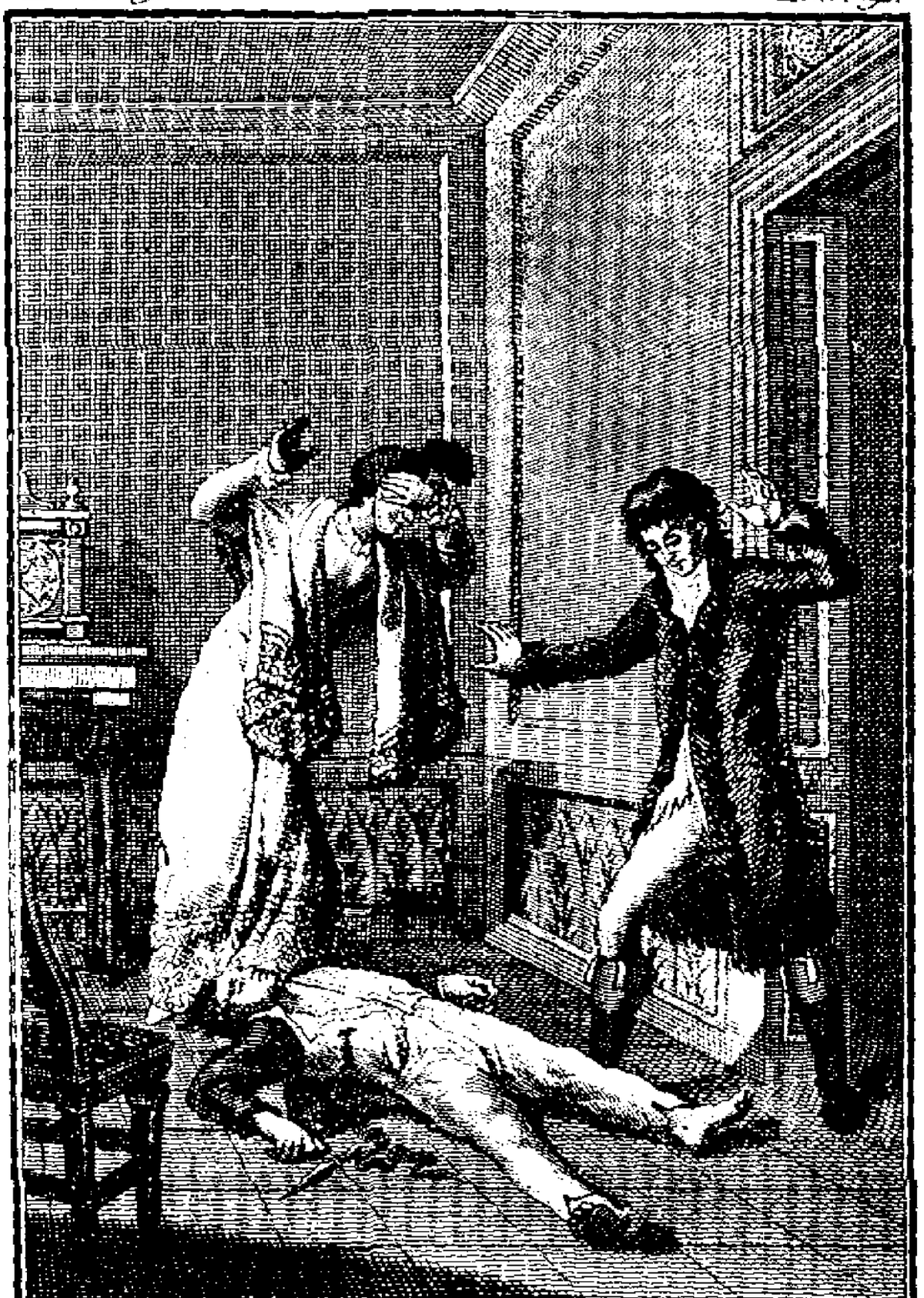
LA FAMILIA
DE VIELAND.



Hombre audaz! ¿que habeis hecho? — evitar vuestra muerte — si, causando la de mi hermano!

Dib.º por Andres Cruz — Grabado por Tomás Rocafort Val.ª

LA FAMILIA DE VIELAND,

ó

LOS PRODIGIOS.

PUESTA EN ESPAÑOL

POR EL DR. D. LUIS MONFORT,
Capellan Párroco del 2.° regimiento del Real Cuerpo de Artilleria, y Secretario de la Subdelegacion Castrense de Valencia.

Leed, y estremeceos; nada hay aquí de fabuloso.

TOMO CUARTO.

VALENCIA
EN LA IMPRENTA DE ESTÉVAN.
1818.

ÍNDICE.

Capítulo I..... pág. 5
Capítulo II..... 48
Capítulo III..... 63
Capítulo IV..... 108
Capítulo V..... 121
Capítulo VI..... 136
Capítulo VII..... 150
Capítulo VIII..... 166
Capítulo IX..... 190
Capítulo X..... 209

LA FAMILIA DE VIELAND, ó LOS PRODIGIOS.

CAPÍTULO I.

Habia recorrido esta maravillosa historia con un asombro igual á mi sorpresa. ¡De que hombre me habia escapado! No era ya á la verdad de un asesino ó un ladron, sino de un ente mucho mas peligroso; ¡era el mismo que habia sido capaz de sacrificar á sus pasiones un trono, una esposa y unos hi-

jos! ¡Que riesgo no habia yo corrido! ¡Y cuanto debia yo felicitarme de haber logrado la certeza de que por fin habia dejado la América! Su intrepidez igualaba á sus talentos y travesura; y si el descubrimiento de su temeraria empresa no le hubiera precisado á huir con precipitacion, verosímilmente estaba yo destinada á ser un dia la víctima; pues en defecto de otros medios, sin duda hubiese llegado á emplear la violencia. Cualesquiera que fuesen sus miras é intenciones, era notorio que él habia sido el único autor de mis desgracias y de las de mi familia; y aun no llegaba yo á concebir cómo se habia podido prometer conciliar asi mis afectos, y ganar mi corazon.

Di las gracias al señor Hallet por haberme proporcionado la lectura del

manuscrito, que me habia puesto en estado de conocer, y juzgar al hombre formidable con quien habia tratado. Queria devolvérsele; pero me obligó á que me le quedase; advirtiéndome que bastante caro habia pagado el derecho de conservarle.

Otro era el sugeto mucho mas interesante para mí, de quien no me atrevia á preguntar, temiendo encontrar la prueba de que habia partido igualmente. Mas no siéndome posible permanecer por mas tiempo en esta incertidumbre, me violenté un dia para preguntar á mi tio, desde cuando habia dejado Pleyel la América. »No ha partido, me contestó; actualmente está en la Nueva-Yorc." — »¡Como, exclamé con extrañeza, todavía se halla en este pais!" — »Ni aun piensa dejarle. Mi estimada Clara, no debo dejaros igno-

rar el vivo interes que ha tomado en vuestra situacion, durante la cruel enfermedad que habeis sufrido. Estaba entonces en Filadelfia, y venia todos los dias á casa de la señora Bainton á informarse de vuestro estado, y aun pasó aqui muchas noches en aquellas crisis terribles, que nos hacian desesperar de vuestra vida." — » ¡Ah! exclamé con alborozo, ¡con que no me ha olvidado ni me ha abandonado! ¡Con que me hace justicia, y está convencido de mi inocencia! ¡Oh! Dios mio, que me haceis encontrar algun consuelo en mi infortunio; si puedo recuperar aun su corazon y estima, creo que moriré menos desventurada.... ¡Ah, mi querido tio! id volando á llevarle este escrito de la mano misma de Carvino, para que sepa de lo que era capaz aquel hombre terrible; que refle-

xione en sus intrigas, en su ingenio inagotable, en los medios extraordinarios que ha podido emplear, y particularmente en la gruta, para engañarle, y perderme; y que sepa por último, que soy víctima de una inclinacion, con que le he preferido. Fijad bien su atencion en la parte de esta memoria que me concierne, y publica mi inocencia. Daos prisa á ir á buscarle con estas pruebas victoriosas; ya he sufrido bastante para que perdais un momento en procurarme la única compensacion que apetezco ya en esta vida."

Viendo que vacilaba mi tio, le manifesté la extrañeza que me causaba su embarazo, y le insté de nuevo á que me respondiese. »¡Enhorabuena! Te satisfaré, me respondió, lo debo hacer por vuestro bienestar, ya que no por vuestra felicidad. Ya no os lo puedo

ocultar, Pleyel va á morir de sentimiento." — »¡Como! prorumpí yo asombrada, ¿que quereis decirme?" Titubeaba en responderme; yo me arrogé á sus pies: »Hablad, os lo conjuro, vuestro silencio es mas terrible que la verdad. Hablad, vos sabeis que no puedo ser mas desgraciada." — »En vano querria ocultároslo; por desventurada que seais, sabed, mi pobre Clara, que aun podeis serlo mas. Armaos de un nuevo valor para resistir este golpe.... Pleyel se ha casado." — »¡Se ha casado! grité desesperada.... ¿Con quien?" — »Con la baronesa de Stolberg." — »¡Con la baronesa....!" Y quedé anonadada.

Permanecí insensible por largo rato á cuantos consuelos me daban en aquel nuevo contratiempo. Miraba á Pleyel como perdido para mí; y en el momento en que empezaba á creer que le po-

dia recuperar, recibia la noticia de que se habia casado; ¿y con quien? ¡Con la que en tiempos mas felices habia consentido sacrificar á mi amor! ¡Y uno y otro estaban cerca de mí....! ¡Ah! ¡este nuevo golpe era espantoso!

Luego que hube recobrado alguna serenidad, mi tio prosiguió asi: »Sí, estimada Clara, Pleyel se ha casado con la baronesa, y al presente viven en la Nueva-Yorc, habiendo querido alejarse para siempre de un sitio que le retrataba tan dolorosas memorias. Acordaos que os participó la llegada de Bertrand la noche misma en que engañado por la escena de la gruta, iba á manifestaros su gratitud, porque le habias concedido vuestra mano. Este criado, habiendo acompañado á la baronesa, venia á anunciar el arribo á su amo. El resentimiento y la desespera-

cion impelieron á Pleyel á casarse sin dilacion con una que habia dado un paso tan decisivo en su favor; y asi el reconocimiento acabó de resolverle. Tranquilizaos, enjugad las lágrimas; esta desgracia es inevitable; añadid este nuevo sacrificio. Olvidad un rayo de esperanza; bajo un cielo tan desastroso para vos como este, no es en donde debeis esperar la dicha. Apresurémonos á dejarle, y á huir para siempre de esta malhadada comarca: voy á buscar á Pleyel, para que á lo menos sepa, aunque le cueste, que siempre habeis sido acreedora á su estimacion y aprecio."

Partió para la Nueva-Yorc, dejándome con la señora Bainton; y aunque acostumbrada mucho tiempo hace á sufrir, sentí no obstante alguna dificultad en resignarme en aquel infortunio.

Mientras que no hubiera sabido que Pleyel se habia casado, podia esperar convencerle un dia de mi inocencia, y reducirle á que me correspondiera; pero al presente no me quedaba ninguna esperanza; no obstante sentia algun consuelo en pensar que reconoceria su injusticia y precipitacion, y lloraria mi suerte. Deplorable situacion aquella, que no me dejaba algun alivio para mis males, sino en la desgracia de los otros.

Mi tio á su vuelta dióme parte de su conferencia con Pleyel, la cual habia sido muy dolorosa. Desengañado enteramente del concepto que habia formado de mí, y devorado por el mas amargo pesar, manifestaba no obstante el placer que sentia de verme plenamente justificada. Estaba convencido de cuan digna era yo de lástima; mas en un momento de reflexion sobre sí mis-

mo, tenia por mas lamentable su situacion; pues, segun decia, estaba privado por su injusticia de la sola muger que pudiera hacerle feliz; se arrepentia de su precipitacion, conociendo demasiado tarde, cuantos llantos acarreaba un matrimonio concluido por resentimiento ó venganza; reconocia cuanto se habia engañado en sus sentimientos con la baronesa; y por último sentia, al verme irreprensible, que no la pudiera mirar en lo venidero sino como un obstáculo insuperable á la felicidad, que aun hubiera podido desfrutar; y cubria de imprecaciones á Carvino. Añadió á mi tio, que ardia en deseos de venir á suplicarme le perdonara su conducta, y el fatal error, en que tan desgraciadamente habia sido inducido, y que no quedaria tranquilo, mientras no me hubiera ofrecido esta

reparacion, y obtenido la gracia de arrojarse á mis pies.

Por mas que deseaba verle, no me resolvia á concedérsela, debiendo temer en efecto, que si la baronesa, que me repugnaba llamar su muger, llegaba á saber esta visita, concibiese celos; y con esto se aumentara en Pleyel la repugnancia que le tenia. Sin embargo, habiendo reflexionado cuan digno era de lástima; que una reparacion no se le podia negar, mayormente cuando mitigaria sus penas y las mias; y que mi tio no veia en ello ningun inconveniente, consentí en recibirle; bien persuadida por otra parte, de que la baronesa no tardaria de una ó de otra manera en aumentar tambien el número de los desventurados que me rodeaban. Debia pues, antes de apurar enteramente la copa de la desgracia, derra-

marla, no solo sobre los mios, sino tambien sobre todos los que tenian relaciones conmigo. ¡Extraño destino....!

Y ¿que habia hecho la interesante Luisa para hallarse tambien envuelta en este funesto torbellino? Aun si hubiera vivido, hubiese podido yo derramar en el seno de esta amiga unas lágrimas, que templaran mi dolor mezcladas con las suyas; pero bastaba que mi familia la hubiese adoptado, para que participara de su suerte.

Habiéndome informado acerca de su padre, el respetable mayor Stevart, que se hallaba lejos al tiempo de la terrible catástrofe, supe que regresado pocos dias despues de sus viages, impaciente de abrazar á su hija, y habiendo atravesado la Filadelfia sin detenerse, habia llegado á casa de mi hermano; que la habia hallado del todo cer-

rada; que imaginando que podriamos estar reunidos en mi casa de Metingen, habia ido á buscarnos; que hallando la misma soledad, maravillado de aquel abandono, habia acudido á casa de la señora Bainton, en donde supo el espantoso acontecimiento que le habia privado de una hija única y querida. Las atenciones y miramientos que habia empleado la amistad para consolarle, acaso le hubieran dejado la esperanza de superar este golpe sin un fatal incidente, que vino á hacérsele todavía mas sensible.

Hubiera podido creer en un principio, y al saber que su muger habia muerto en Filadelfia, que embarcándose clandestinamente en Lóndres con Luisa, habia sido su intencion reunirse con él en América, y evitar los obstáculos que el señor Convay pusiera á

su partida. Lo que tambien le persuadia esto era, que aunque le habia noticiado en tiempo su próxima llegada á Lóndres; no obstante, viendo en las gacetas que su regimiento se embarcaba en Embden para pasar á Quebec, pudo creer que contrariado en sus proyectos, se habia visto obligado á seguir su destino; con lo que efectivamente se decidió á escaparse, y pasar los mares. Habia presumido que la falta de dinero, junta á una salud enfermiza ó endeble, le impedirian dejar la Filadelfia, y emprender un largo y penoso viage, y que para llevarla á Quebec, le hubiera precisado atravesar todo el norte de América, y que por fin se habia muerto de necesidad y dolor.

Tal era la idea que se habia formado de un viage tan misterioso como extraordinario, mas esta ilusion duró

poco; porque habiendo sabido antes de su muerte, que su muger habia depositado en poder de un notario un pliego cerrado, dirigido á Luisa, para que se le entregasen al salir de la menor edad; despues de haber cumplido las formalidades de estilo le habia recogido: pero ¡cual habia sido su asombro al abrirle, y hallar en él la declaracion que hacia á su hija su desventurada esposa, con las expresiones del mas vivo arrepentimiento, y exhortándole con la mayor ternura que tuviera constantemente delante de los ojos su triste fin, y que para evitar otro semejante, no se desviase jamas de los principios de honor y virtud, sin cuyo egercicio no puede una muger esperar jamas ser verdaderamente feliz!

El mayor, como esposo y padre desgraciado, no habiendo podido resistir

á un golpe tan pesado, habia poco despues caido enfermo. Sus heridas apenas cicatrizadas se habian vuelto á abrir, y despues de inauditos sufrimientos habia muerto en fin con los nombres de su muger y de su hija en los labios, añadiendo una víctima á todas las que una suerte fatal habia tendido inexorablemente á mi rededor.

El matrimonio de Pleyel y la muerte del mayor eran unos incidentes que debian renovar cruelmente las heridas de mi corazon; pero ya no tan sensible por el mucho padecer, y estando endurecida en las penas, sostuve aquellas desgracias con una resignacion de que no me hubiera creido capaz.

Entre tanto permanecia sin salir de casa, temiendo ser el obgeto de la curiosidad y de la indiscrecion, y en todo aquel tiempo no vi mas personas

que á mi tio, al señor Hallet y á la señora Bainton; pues conocia su cariño, podia llorar delante de ellos, y eran los únicos que podian consolarme.

Mi tio, temiendo dejarme por mas tiempo en una situacion, en que me iba consumiendo insensiblemente las fuerzas vitales, propúsome de nuevo abandonar la América, y pasar bien fuese á Francia, bien á Italia. Opúseme todavía por la razon, de que teniendo que vivir poco, sentia algun placer en pensar que luego mis despojos irian á juntarse y confundirse con los de las personas que tanto habia querido; pero empleó tantas instancias, que el temor de agraviarle, me arrancó finalmente el consentimiento que deseaba.

Creyó tan urgente esta medida, que no quiso que nuestra partida se dilatase hasta la venta de todos los bienes de

familia, segun se habia propuesto en un principio, sino que prefirió disponer, que se vendiesen despues, y que se nos enviaran los caudales á Mompeller, adonde le habian aconsejado los médicos que me llevase, asegurándole que en el estado de convalescencia en que me hallaba, solo aquella parte de la Francia podia ofrecer la esperanza de mi restablecimiento.

Comenzaba á ocuparme en los preparativos de la partida, cuando una mañana subió precipitadamente la señora Bainton á avisarme, que Pleyel estaba bajo pidiendo verme á solas. Hubiera preferido que esta amiga mia presenciara tan dolorosa escena; pero habia insistido hablarme sin testigos, añadiendo que aguardaba al señor Hallet y á otros amigos, y que no me dejaria antes de ofrecerme en presencia de ellos

la reparacion que me debia. Hube de consentir, habiéndome estrechado la señora Bainton á que me prestase á los deseos de Pleyel.

No os retrataré la emocion que experimenté al verle entrar, pálido y desfigurado, aquel hombre que en otro tiempo habia visto tan jovial y tan afable. Llevaba estampado en su rostro el desórden de su alma, y la desesperacion estaba pintada en todas sus facciones. Intimidóle mi aspecto, y doblando una rodilla, prorumpió en tono lastimero.

»¡Oh vos, me dice, la mas desventurada de las mugeres! ¿me perdonareis de haber con mi injusticia contribuido tan cruelmente á aumentar vuestros infortunios? Ellos han excedido á vuestras fuerzas. Pleyel os desconoció, os injurió y abandonó, y pri-

vándoos de los consuelos y estimacion de vuestros amigos, fue causa de que os faltaran aquellos socorros que únicamente podian sostener vuestro ánimo. ¡Ah! este abandono fue sin duda el golpe mas terrible que recibió vuestra inocencia. Clara, vos que poseeis todas las virtudes, no carecereis de clemencia. Sí, vuestra bondad excede á mis faltas, y por esto la imploro. Decidme, ¡ah! decidme, que me perdonais. Quitad de mi corazon el enorme peso de los remordimientos que le oprime, el doloroso sentimiento de los ultrages con que os he calumniado. Que muera en paz conmigo mismo; y que pueda decir muriendo: Clara me ha perdonado."

A estas palabras pronunciadas con una voz que partia el corazon, no pude reprimir mi sensibilidad, prorumpí en un torrente de lágrimas, y le

dige entre sollozos: »Pleyel, yo os perdono." Tomé su mano, para hacerle levantar; mas inclinándose á la mia la estrechaba contra sus labios: »Ángel de bondad, dejadme á vuestros pies, ya que alli he recibido el perdon que acabais de otorgarme tan generosamente. ¡Asi este anhelo en mitigar las penas de los otros, pueda mereceros el entero olvido de las vuestras! Vuestras virtudes os reservan todavía verdaderos consuelos; pues no teniendo que reprenderos la desgracia de nadie, á lo menos solo teneis que llorar las vuestras."—»¡Ah! amigo mio (porque me tengo por dichosa en daros este título) le dige haciendo que se sentara á mi lado, la justicia que me concedeis, aunque tarde, empieza á hacerme hallar tolerable mi situacion; y pues me restituis vuestra estimacion y amistad,

ahora partiré con menos sentimiento."— »¿Con que vais á alejaros?"—»Es preciso. Dejo para siempre la América."— »¡Y me dejais solo en este teatro de desolacion! ¡Vais á poner entre nosotros ese inmenso océano! Vuestra adorada imágen me seguirá por todas partes; y por todas partes vuestra memoria vendrá á acibarar mi triste existencia. He podido conduciros al altar, y por mí habeis quedado perdida para siempre."— »Nos escribirémos. Vuestro corazon, amigo mio, llegará á recuperar su tranquilidad; el tiempo cerrará sus heridas; y cuando haya borrado estos tristes recuerdos, y me permita ver en Pleyel y en su esposa, dos amigos, os convidaré á que nos reunamos, y vivirémos constantemente juntos."— »¡Ah! jamas aquella, á la cual en un momento de error y resentimiento he dado mi mano,

se pondrá á vuestro lado; jamas me expondré por una comparacion mas inmediata á sentir con mayor viveza toda la extension de mi pérdida. Si tan sensible me era cuando os creia criminal, ¡que será ahora que os veo inocente! ¡Desgraciada Sofía! ¡Como te he engañado! ¡cuan otro era mi corazon! ¡Pero acaso me he engañado á mí mismo! ¡Ah! Clara, Clara, ¡demasiadamente estais vengada."

»He querido haceros esta declaracion sin testigos; porque bastante digna de compasion es Sofía, y no quiero hacer pública esta su triste situacion."— »¡Pleyel, amigo mio, hacedla feliz! que ignore para siempre vuestros sentimientos interiores; no añadais una nueva víctima á las que ya se han sacrificado. Por vos ha abandonado su patria, parientes y amigos. Ignorando al

embarcarse que hubieseis empeñado vuestra aficion, os ha debido creer lo que erais en Leipsic; ha contado en vuestro honor y constancia, y ha venido desde el centro de la Europa á hallaros en la fe de vuestra primera palabra. La habeis conducido al altar. ¡Ah! amigo mio, guardaos bien de hacerla desdichada; y si en la distancia en que vamos á hallarnos pensais en mí algunas veces, que sea para acordaros que si he consentido en olvidar vuestros agravios, ha sido con la sola condicion de que os dedicariais á hacerla constantemente feliz."—»¡Muger angelical! exclamó; ¡muger incomparable, que habeis mirado siempre como el primero de vuestros placeres el sacrificaros al bienestar de los otros! ¡Como me inspirais el deseo de imitaros, y á vuestro lado mi pecho se in-

flama por ese heroismo que tanto os ennoblece!"—»Pensad, amigo mio, que vuestra felicidad va anexa con la de Sofía; que la mia depende de la vuestra, y que cada vez que hareis asomar la sonrisa á sus labios, adquirireis un título mas á la estimacion y gratitud de Clara Vieland.

Toqué la campanilla, y subieron la señora Bainton con mi tio y el señor Hallet, y algunos amigos suyos que Pleyel habia presentado en casa. En presencia de todos proclamó este mi inocencia; y leyó en alta voz la parte de la memoria de Carvino que me concernia. Pidióme de nuevo perdon de su injusticia, y de su abandono, y despues de esta escena de dolor, besando respetuosamente mi mano: »A Dios, Clara, me dijo, á Dios."—A Dios, le respondí, con una voz sofocada. Él

salió derramando amargas lágrimas, y yo entré en el gabinete para ocultar mi conmocion.

Alli di un libre curso á toda mi sensibilidad. Habia visto por la última vez á aquel hombre, obgeto de mi primera inclinacion, y digno de mejor suerte, y ahora abrumado bajo el peso del infortunio. Mi tio, el señor Hallet, y la señora Bainton, se apresuraron á consolarme; pero el valor que mostré á Pleyel habia cambiado en tristeza y abatimiento.

Nuestros preparativos de viage se tomaron con mucho calor; mi tio los iba disponiendo con una actividad extraordinaria; y aunque estaba creido en que mi restablecimiento pendia de alejarme prontamente de América, era tanto su anhelo, que me dió fundamento para recelar que tenia motivos mas urgentes

y poderosos para acelerar nuestra marcha, de los que me habia manifestado. Indiferente á todo, estaba lejos de pensar que pudiera sobrevenir algun nuevo accidente, que alterase el estado de apatía en que la desgracia me habia sumergido.

La deplorable situacion en que dejaba á mi desventurado hermano, era ya lo que únicamente me atormentaba. ¡Yo dejarle en lo profundo de un calabozo, y cargado de cadenas! No pudiendo apartar de la memoria, que cuantas veces habia preguntado por él despues de su restablecimiento, habíanme respondido siempre con reserva y misterio, resolví aclarar mis dudas, yendo á verle yo misma á la prision. En cualquiera otra circunstancia no hubiese podido pensar en esta visita sin estremecerme. ¡En un calabozo lóbrego y he-

diondo mi infeliz hermano, cargado de cadenas, sus miembros magullados, sus facciones desfiguradas, sus ojos sobresaltados, sus cabellos en desórden, su vestido destrozado! Jamas, jamas hubiese podido presenciar un espectáculo tan atroz; pero ahora que iba á decir un eterno á Dios á mi patria, y que un vasto océano iba á separarme de Vieland, ¿como podia yo resolverme á partir sin verle, sin asegurarme antes de que nada le faltaria en mi ausencia, y que á lo menos tendria los alivios que reclamaba su triste suerte? Queria tambien convencerme de que era exacto cuanto me habian contado, y me lisongeaba que acaso la vista de una hermana, que habia amado tan tiernamente, podria tener sobre él alguna influencia que produgese una crisis favorable.

Manifesté con grande ansia á mi tio esta resolucion, pues sin su ayuda y oonsentimiento no podia esperar egecutarla. Al oir mi propuesta alteróse su semblante: »¿Como, me dijo, podeis desear verle en el estado en que se halla? ¿Y cual puede ser el resultado de semejante visita?" — »Partimos, tio mio, le respondí, nos alejamos para siempre. Y viendo por última vez á este mi desdichado hermano.... mis penas.... y acaso su entendimiento...."— »Yo creo lo contrario; su vista renovaria vuestras penas, y él no recibiria ningun alivio en veros. Sosegaos por lo que á él mira, lo he prevenido todo, y nada le faltará."— »No obstante, en la enagenacion de entendimiento que está padeciendo, no cree ver por todas partes sino enemigos, seres injustos, que estan muy agenos de apreciar

los motivos que le han guiado; que sin duda su hermana le tiene el horror que inspira á todos; y se convencerá de ello, si llega á saber que he dejado la América sin decirle mi á Dios postrero, cuyo abandono le llevará á la desesperacion. Si al contrario le veo, *á pesar del desconcierto de sus ideas*, acaso será sensible á esta prueba de ternura, y se mitigan sus males. No, yo estoy resuelta á ello, no partiré sin haberle dado un abrazo; tal vez una impresion fuerte é inesperada le hará recobrar el juicio."—»Ese es precisamente, Clara, el resultado que hay mas que temer, y el que me precisa para disuadiros de que le veais."

Sobresaltada con esta declaracion: »¡Y que! exclamé, ¿con que no se debe desear que se corrija su extravio?"—»No, hija mia: ¿no ha quitado la vida

á una esposa que adoraba, y á unos hijos que idolatraba? ¿Quien puede sostenerle contra el horroroso peso de los remordimientos, sino la idea de que no ha hecho mas que cumplir con un deber sagrado? ¿Ireis á deshacer esta ilusion convenciéndole de que ha sido criminal? *Su estado actual no es desgraciado*; porque en su entusiasmo se cree el mas virtuoso de los hombres, y goza con verse el obgeto de su execracion. El encierro, la miseria, el desamparo de sus parientes y amigos, aumentando á sus ojos el mérito del sacrificio, le colman de gozo. ¡Ah! guardaos bien de sacarle de su error; pues le entregariais al mas horrible furor. La humanidad misma os dicta que abandoneis semejante proyecto."

Estas observaciones me habian hecho alguna fuerza. »Con todo, dige á

mi tio, despues de un momento de reflexion: aun adoptando vuestro modo de pensar, puedo verle por un instante guardando el mayor silencio; de modo que no oiga nada que pueda sacarle de su manía. Aunque solo sea un momento, si veo á mi hermano, partiré menos desgraciada."

Convencido mi tio de que yo desistiria fácilmente de esta resolucion, vióse precisado á instruirme de la verdad. »Lejos de procurar ver á vuestro hermano, sabed, me dijo, ya que es preciso que lo sepais, que su demencia es tan peligrosa como horrible, y que en todo él ya no queda ningun rastro de aquella bondad que le hacia amar de todos los suyos; sabed que una sed ardiente de sangre de los que le pertenecen aumenta sus fuerzas, é inutiliza todos los medios ordinarios de re-

frenarle; y sabed que á vos particularmente se dirige su rabia. Apenas habriais entrado en su calabozo, y apenas ponga los ojos en vos, empleará los mayores esfuerzos para romper las cadenas, y abalanzarse sobre vos; de manera que acaso no baste ningun auxilio para salvaros. Sabed que habiendo ya logrado una vez romper las cadenas y escaparse, apenas se vió libre, cuando por ignorar vuestro paradero, corrió á casa de Pleyel, que no vive distante de la prision. Era media noche, y Pleyel estaba durmiendo, sin pensar en la suerte que le aguardaba; cuando Vieland, rompiendo el postigo de una ventana, halló cabida para entrar hasta la alcoba. Habia ya alzado la cortina de la cama, y hubiese podido darle de puñaladas, cuando gracias al ruido que hizo, y á su manía de no der-

ramar sangre, Pleyel se despertó al sentir que le agarraban por el cuello; armóse una lucha terrible, y despues de haber recibido muchas contusiones de peligro, este amigo nuestro logró escaparse de sus manos, y evitar la muerte, saltando por una ventana al jardin. Vuestro hermano se precipitó detras de él; pero Pleyel, habiéndose huido al traves del seto de ojaranzos, llamó gente, persiguieron á Vieland, y le alcanzaron cerca de Metingen, adonde indubitablemente iba á buscaros. Tragéronle con mucha dificultad al calabozo, adonde le guardan afianzado con las mayores precauciones, y encorvado del peso de las cadenas. Esto es lo que yo os queria ocultar, y vos me habeis obligado á decir. Su furia no se apagará sino con la vida; y el mar solo puede preservaros. Apresurémonos á par-

tir, querida Clara, y á poner esta valla insuperable entre vosotros."

»¡Ah! exclamé, ¿que acabais de contarme? ¡Que! ¡amenaza á mi existencia un hermano que he amado tan tiernamente, se cree obligado á arrancarme la vida, y á proporcion de lo que le soy de amada, pone mas mérito en destruirme, mirando el cadalso como un teatro de gloria! ¡Ah! ¡mi suerte no tiene egemplo!"

Recordaba entonces el sueño horrible de la gruta, veia aun la sima en que iba á precipitarme llamada por Vieland, cuando sintiéndome coger por el brazo me detuve, y desperté dando un espantoso grito. ¡Con que se realizaba aquel sueño profético que me presagiaba en un hermano mi mayor enemigo! Despues de esta triste declaracion ya no me quedaba sino huir prontamente

evitando verle, y asi di mi consentimiento; no temia la muerte, sino que apresurándome á ir á terminar tan lejos mi deplorable existencia, queria evitar á mi hermano otro crímen.

Ibase aproximando el momento de la partida, nuestras disposiciones estaban ya tomadas, y el bagel en qne debiamos embarcarnos, habia de hacerse á la vela dentro de dos dias. ¡Dejaba para siempre aquellos sitios, tan queridos en otro tiempo, cuna de mi infancia, y teatro de tantos desastres! ¿Podia abandonarlos sin recorrerlos por última vez; sin hacer mi última visita á mi habitacion de Metingen; sin ver la de mi pobre Catalina, sin derramar una lágrima en su tumba, en la de sus queridos hijos, y en fin en la de mi amable y tan llorada Luisa? ¡Ah! registrando por última vez aquellos apo-

sentos solitarios, aquellas cercas abandonadas, y aquellos paseos desiertos, queria llevarme conmigo recuerdos y lágrimas para un eterno dolor.

No obstante todas estas reflexiones me hallaba vacilante; me estremecia anticipadamente con pensar en la egecucion de este proyecto, y mas de una vez llegué á abandonarle, temiendo que no tendria valor de cumplirle, y que todas nuestras antiguas viviendas estaban envueltas de una fatal influencia.

Mas ya no tenia que temer por parte de Carvino; pues este formidable enemigo de mi reposo estaba actualmente muy lejos de América. Sola habia quedado la heredad de Metingen; mi tio habia encargado al muy atento señor Hallet el cuidado de vender, despues de nuestra partida, todos los muebles y alhajas de mi habitacion y de la

de mi hermano. Pero mi gabinete contenia papeles interesantes, que no queria que se viesen, y no debia abandonar. Alli estaban encerradas las cartas de Catalina, las de Luisa, mi correspondencia con Pleyel cuando estaba en Europa; los manuscritos de mi padre, otros de Vieland; en fin un diario de mi mano, en el cual desde la edad de siete años habia consignado todos los acontecimientos notables, ya los que me habian sucedido en mi infancia, ya los que habia presenciado, y las reflexiones que los unos y los otros me habian producido. En aquel diario estaba trasladando la aventura de la gruta, cuando Pleyel, llegándose adonde yo estaba escribiendo por una indiscreta curiosidad, logró recoger algunas palabras que le indugeron despues al mas fatal de los errores.

Decidíme, pues, á recoger todo esto, no teniendo ya ningun peligro, y señalé un dia en que mi tio debia ausentarse por asuntos nuestros. Partí una tarde en su birlocho, acompañada de un criado suyo, avisando á la señora Bainton, que me habia instado mucho tiempo á ello, y que habia detenido en su casa una ligera indisposicion, de que iba á aprovecharme del buen tiempo para tomar el aire, y pasearme por la campiña.

Llegué á casa de mi hermano; aquella mansion que habia visto tan animada, se veia entonces desierta. Todo estaba cerrado; la yerba crecia en los paseos y jardines, los cuales, en otro tiempo conservados con tanto cuidado, estaban ahora incultos y eriales. Llegué á la granja, y el honrado arrendador y su familia me recibieron transportados

de júbilo, pues en el estado deplorable de su amo, me miraban como el último renuevo de una familia, á la cual habian servido tantos años. El placer que experimentaban al verme se cambió bien pronto en tristeza; sumergiéronse en lágrimas al renovar nuestras desgracias, de que ellos habian sido testigos; y al pensar de que yo iba á partir, que iban á perderme, y que no me volverian á ver en toda su vida. Prometí escribirles, no olvidarlos jamas, hacerles afianzar un nuevo arrendamiento en la venta de los bienes, y les regalé, como una memoria de mi cariño, todos los muebles mayores, y la batería de cocina de la casa de Metingen.

Les pedí que me abriesen la de mi hermano, que queria recorrerla por última vez. En vano quisieron disuadir-

me de mi designio, pues insistí hasta que la abrieron aunque con repugnancia. Entré, y se me oprimió el corazon al verme en aquel aposento en que agrupada yo con Luisa, Catalina y los niños, habiamos gozado tantas veces de las conversaciones tan agradables como instructivas de Pleyel con Vieland. Alli turbada por una emocion involuntaria habia notado los primeros indicios del amor de Pleyel; alli habia soñado la felicidad. Aqui habia recibido pruebas particulares del afecto de mi hermano; aqui las muestras del cariño de Luisa, y por todas partes las caricias inocentes de los hermosos niños. En aquellos jardines habia pasado tantos momentos deliciosos en su compañía; en aquel gabinete, sentada entre Vieland y Catalina, consentí en darle mi mano á Pleyel. ¡Ay! aquel dia en que contaba ha-

ber aplacado su suerte rigurosa, habia sido el último dia de mi felicidad.

Pero tambien era aquel aposento en donde vi presentarse á Carvino por la vez primera; en aquel otro habia visto todas sus víctimas tendidas y cubiertas de un paño funeral; la mesa en que estaban reunidas existia aun en el mismo puesto; la lámpara fúnebre que habia alumbrado aquel horrible espectáculo estaba aun colgada del techo; creia verlas todavía, y me volvia quejosa contra un implacable destino que se habia negado á que yo estuviese colocada entre ellos. Arranquéme con dificultad de aquella penosa contemplacion, hice cerrarlo todo, y di órden al criado que me aguardase hasta que volviera de Metingen, dejando dicho que iba á recoger diferentes cosas que necesitaba.

El arrendador y su muger se propu-

sieron hacerme desistir, contándome que desde que se le habian abandonado, estaba todas las noches frecuentado de fantasmas, y por esto nadie se atrevia á acercarse. Sonreíme haciéndoles observar, que siendo de dia, y no egerciendo los espectros su poder sino por la noche, no habia para que temerlos. Viéronme partir con pesar, y hubiera permitido para tranquilizarlos que me acompañasen; pero queria visitar en el cementerio de la familia, situado mas arriba de la gruta, los sepulcros de los que me eran tan amados, regarlos con mis lágrimas, y ofrecer al Eterno mis oraciones por ellos. Alli descansaba mi padre. ¡Que dolorosas memorias iban á renovarme aquellos sepulcros! ¡Que meditaciones iban á ofrecerme! No queria que me interrumpiese ningun testigo; asi partí sola.

CAPÍTULO II.

Al llegar al cementerio, me abandonó el valor, y sentime conmovida del asombro y respeto que inspiraba aquel lúgubre recinto. Por entre las verjas se ofreció á mi vista despavorida el sepulcro de mi padre, que era el mas elevado; á la izquierda los de Catalina y Luisa; y delante estaban los de los niños. Las sepulturas de algunos labradores de nuestras heredades, y de algunos criados de la familia mas sencillos, y de menor aparato, formaban al rededor un semicírculo en forma de anfiteatro, y desde allí leia las inscripciones. »¡Ah! exclamé, ¿la desventurada Clara no ha de estar ya en este número«? ¿Con que me he de apartar de la consoladora esperanza de que un

dia me coloquen á vuestro lado? ¡Mis despojos van dentro de poco á ser sepultados en una tierra extraña, y como no inspirarán interes á ninguna persona, nadie, nadie vendrá á derramar una lágrima sobre mi tumba, ni á dar un gemido á mi memoria!"

Púseme de rodillas en una elevacion, y recorriendo con la vista aquel terreno sagrado, alzadas mis manos al cielo, dirigí fervorosos votos al Todopoderoso, para que fuese de su agrado hacer mas felices en la otra vida á aquellas desventuradas víctimas.

Al separarme de aquel sitio, volví los ojos á la gruta fatal, en que se habian tramado y puesto en egecucion las negras asechanzas y horribles conspiraciones, que acarrearon la destruccion de mi familia, y me condugeron al colmo del infortunio.

Llegué por fin á aquella morada, tan querida en otro tiempo, en la que despues habia padecido tantos tormentos, y presenciado tantos horrores. Estremecióme su vista, notando en ella la misma soledad, el mismo abandono, y el mismo desconcierto que en casa de mi hermano. Abro la puerta, me interno en el zaguan, y por todas partes reinaban un profundo silencio, y una espantosa obscuridad. No me detuve en abrir las ventanas, pues ni tenia tiempo, ni era necesario, porque la poca luz que me daba la puerta, me era suficiente para encaminarme á la escalera. Antes de poner el pie en ella, me paré un momento, creyendo haber oido un ligero ruido; mas no siendo tal que me debiese dar cuidado, y á mas podia yo haberme engañado, ó haberle hecho yo misma, proseguí hasta lo alto de la es-

calera con la escasa claridad de una lumbrerita que habia muy alta, y abro la puerta de mi habitacion.

Con algunos rayos de luz que entraban por las rendijas de las ventanas, apenas podia distinguir los obgetos.

Al entrar me asustó el ver en medio de la sala una mesa muy grande, ovada, que como servia por lo ordinario para comer la familia, estaba arrimada á una pared del zaguan. Estaba cubierta de papeles y de recado de escribir, rodeada de sillas, que muchas se habian traido de diversas piezas de la casa. ¿Con que designio se habia puesto todo aquello alli, si desde que yo la degé, la casa habia quedado abandonada?

Pensé no obstante en que era posible que mi tio hubiese venido con sus contratantes á formar el estado de mis

bienes, el inventario de los muebles, y llenar las formalidades indispensables en las ventas que se proponia hacer. Como esto me pareció bastantemente verosimil, no llevé mas adelante mis congeturas.

Pasé á mi gabinete, y lo hallé todo en su lugar. Tomé los papeles que buscaba, y habiéndole cerrado, agitada por las dolorosas memorias que aquellos sitios me renovaban, en vez de tomar la escalera, sentéme en un sillon que habia enfrente de la puerta, y me entregué á la meditacion de los acontecimientos á que habia servido de teatro aquella infausta casa, que veia por la última vez.

Representábame mi infancia, y algunos años de dicha, comparados con todas las penas que alli habia sufrido. Sentada á la puerta de aquella casa una

tarde del verano, y entretenida en leer, fue en donde avisté por la primera vez á Carvino. De aquel gabinete le vi salir, y mostrarse á las claras una noche que se habia escondido, y en que hubiese sido víctima suya sin la intervencion milagrosa de un agente invisible que me protegia. En aquel mismo gabinete, otra noche, cuando ya me habia acostado, oí que conspiraban contra mi vida. Al pie de aquella escalera que desde alli mismo divisaba, una espantosa vision me habia querido estorbar que subiese, para excusarme un espectáculo el mas horrible. Alli mismo, cerca de donde yo estaba, se consumó el asesinato de Catalina; en aquella misma cama, fue en donde pálido, lívido y desfigurado habia visto el cuerpo inanimado de aquella mi interesante amiga.

Lanzó mi pecho una imprecacion,

nombrando á Carvino autor de tantos males; invoqué contra él la venganza del cielo, y todas las calamidades que habia acumulado sobre nosotros; y acusé á la Providencia de que hubiese permitido escaparse, y evitar el castigo que tenia merecido. »¡Ah! Carvino, Carvino, exclamé, tú bien puedes huir; pero la justicia divina te perseguirá por do quiera: no te librarás ni de la conciencia, ni de los remordimientos; ellos comienzan ahora tu suplicio, que terminará en el cadalso."

Apenas habia pronunciado su nombre, y antes de terminar aquella imprecacion, cuando me pareció oir un ligero ruido cerca de la puerta. Asustada vuelvo alli con ansia la vista, y nada se descubre; pero en la parte del pavimento, iluminada por la escasa luz de la lumbrera, vi dibujada una figura

gigantesca é inmóvil. Quedé yerta de pavor.... mas no dudó mucho mi perplexidad; pues luego vi que la sombra se movia, y se adelantaba.... sucediéndole una forma real.... que se plantó en medio de la puerta como en un marco. Puse los ojos en ella.... dudé un momento.... hubiese querido hacerme ilusion en lugar de que.... reconocí á Carvino.

Poniéndome la mano delante de los ojos di un grito espantoso, que se prolongó cuanto me permitieron mis fuerzas, y quedé desmayada y en profundo anonadamiento; mas ¿para que recobré el uso de mis sentidos? Hubiesen con la vida terminado todas mis penas.

Parecióme en mi trastorno que habria podido engañarme una nueva vision; pero abriendo los ojos ya no me

fue permitido dudar de la realidad. Carvino estaba sentado enfrente de mí al otro extremo de la sala, y en ademan que manifestaba el pesar mas violento. El puesto distante que habia escogido, su inmovilidad y su dolor, todo contribuia á convencerme que no tenia ningun designio que me debiese poner en zozobra. Su audacia y su firmeza misma parecia haberle abandonado, y que fuese tan digno de compasion como yo misma.

»¡Ah! dejadme, prorumpí; ¡en nombre de lo mas sagrado, dejadme! Libradme de vuestra presencia."—»Clara, ¡en que os causo yo horror! ¡como! ¡me condenais al cadalso! Y con todo soy irreprensible; estoy inocente de los desastres que me habeis imputado."—»¡Apartaos! ¡Os pido que os alegeis de mi vista! ¿Por que fatalidad os he

debido encontrar aqui, cuando esperaba que los mares nos tenian eternamente separados? ¿Que venis á hacer despues de haber dejado la América? Responded...."

»Clara, jamas la he dejado; aqui estaba en esta casa la noche misma que siguió á mi partida. Sé que ahora conoceis á Don Francisco, el antiguo rey de Narea; aquel en fin que ha osado aspirar al trono de América; conoceis mi vida entera, estais actualmente en estado de apreciarme y saber, si he podido apartarme de vos, y si he podido dejar el suelo que habitais. ¡Os estremeceis al escucharme! ¡Ah! Clara, ya podreis ahora juzgar si efectivamente habré cometido las viles iniquidades que me acusan, si he podido ser la causa voluntaria de las desgracias que tanto habeis deplorado. Pero si es un

crímen el amaros, quiero vivir y morir culpado. Sabed...."—»Deteneos.... no quiero escuchar nada.... nada quiero saber. Inocente ó culpado no quiero tener en adelante ninguna relacion con vos; dejad de hablarme de vuestro amor; ¿acaso en medio de muertes, de las lágrimas y de los sepulcros puede hallar lugar semejante sentimiento? Solo os pido un favor.... ¡Cielos! ¡y me he de ver yo reducida á pedirle!"—»Decid, ¡ah! decid, replicó, y vuestros deseos, *cualesquiera que sean*, al punto quedarán satisfechos. Hablad."—»El de dejarme en el momento; el que me prometais no verme jamas; que no turbeis mi tranquilidad los dias que me quedan de permanecer en estos lugares que voy á dejar para siempre. ¡Ah! retiraos, os lo conjuro, y dejadme á lo menos morir en paz."

Inmóvil y sin palabra, parecia meditar profundamente. »¿Lo exigis? me dijo suspirando. ¡Pues bien! quedareis satisfecha: cuando mandais, yo no sé mas que obedecer. Estas son (enjugándose con el pañuelo) estas son las primeras lágrimas que mis ojos han derramado jamas. ¡Juzgad lo que me cuestan....! Son lágrimas de sangre; y sois vos, vos, Clara, por quien lo hubiera sacrificado todo, y menospreciado todo, la que las haceis derramar."—»¿Y vos no pensais, le dige, enternecida involuntariamente, en las que habeis arrancado á los otros? ¡Ah! Don Francisco, ¡que vos hableis de sangre! ¡Vos que no podeis dar un paso en donde no la hayas derramado!"—»¿Que me decis? prorumpió con dolor; escuchad solamente, escuchad, y me hareis justicia. Sabreis que si he tenido parte en los

acontecimientos desastrosos que os han robado á los vuestros, solo mi amor, junto á los esfuerzos que he debido hacer para conservaros, han acarreado aquellas tristes catástrofes. ¡Ah! ¡compadecedme, compadecedme en lugar de execrarme!"—»Los manes de Catalina, de sus hijos, de Luisa, se levantan contra vos; la horrible demencia de mi hermano os acusa. ¿Como habeis de justificaros jamas? Pero antes de apartaros, decidme: ¿cual fue la voz que llegó á mis oidos, y quiso detenerme cuando estaba resuelta á entrar en el gabinete, y que igualmente la oyeron Vieland y Pleyel en otras circunstancias semejantes? ¿Que espantosas figuras se aparecieron á mí y á mi hermano al pie de esa escalera?"—»Fue mi voz la que se oyó, y mi figura la que visteis, y os causó tanto espanto."

Parecíame increible ¿como habia podido hallarse detras de mí, y en el gabinete? ¿Como se me hizo invisible? Luego él era en efecto el solo agente oculto que habia dado impulso á todas nuestras desgracias. Acordéme entonces de las maravillosas facultades de que en su historia confesaba estar dotado. »¡Desdichado! exclamé, ¡cuanto mal habeis hecho! Que seais la causa inocente ó voluntaria, id, libradme del horror de veros.... me lo habeis prometido."

Levantóse con las muestras del mas violento despecho: »A Dios, Clara, á Dios para siempre; no obstante, añadió, parándose, y mirándome con atencion: ¡cuantas cosas importantes, y de las cuales depende vuestra tranquilidad futura, y la de los amigos que os quedan! ¡cuantas cosas importantes ten-

dria que revelaros, si podeis vencer por unos momentos la extremada aversion que os inspiro! No creais, á pesar del deseo que me anima, que mi único objeto sea interesaros en mi favor, ni emprender una justificacion que hace imposible vuestra repugnancia: no quiero olvidarme á mí mismo, para solo ocuparme en seros útil á vos y á los vuestros; en reparar en cuanto esté en mi poder el mal de que he sido la causa inocente; en impedir que tome mas extension, poniendo en fin límites á su funesta influencia. Dejadme conservar los parientes y amigos que os quedan. El horror que os inspiro seria mas fuerte que el deseo de su conservacion? Dejadme rasgar el velo impenetrable que cubre por tanto tiempo los misterios maravillosos que os han rodeado. Escuchad, Clara, la serie de hechos mal-

hadados que han acarreado la destruccion de los vuestros, y si despues asi lo exigis, os dejaré para toda la vida."

Y ¡como me habia yo de resistir á unos motivos tan poderosos, para excitar mi curiosidad con tanta viveza! »¡Pues bien! hablad, le dige, consiento en escucharos por la última vez: sea este el último sacrificio.... Hablad."

CAPÍTULO III.

Habiendo tomado su mismo asiento, prosiguió asi: »Ya conoceis, Clara, mi orígen, la historia de mis antepasados, y la mia desde mi nacimiento hasta la época, en que habiendo visto descubiertos mis designios, me he propuesto hacer que creyeran, que habia dejado la América. Ya nada me queda de que enteraros en lo que me toca perso-

nalmente, y asi voy á hablaros de los obgetos que os interesan.

»Llegué unos meses hace á este pais con la resolucion de sacarle del yugo de la Inglaterra, he pasado casi todo este tiempo entre los salvages, con cuyos gefes he tenido muchas conferencias, que tuvieron resultados muy satisfactorios. Mis agentes me auxiliaban con esmero, y mi plan se iba organizando rápidamente. Habia acogido para acelerar y facilitar su egecucion, un punto intermedio entre la colonia y la parte habitada por los salvages; y siguiendo sus consejos, y las noticias que me daban, me establecí en aquel vasto subterráneo, que atraviesa las montañas de Kitatini, y se prolonga hasta el desierto de San Antonio, en donde me persiguió con tanto anhelo el señor Hallet. Hubiese perecido con toda su es-

colta, á no contenerme los sentimientos de humanidad, y si no hubiera tenido la certeza de evadirme con facilidad.

»Alli tenia frecuentemente consejo con los gefes de las diversas tribus, y el descubrimiento que se hizo de este retiro, y las provisiones que se encontraron manifiestan bastantemente cuan necesario era para el éxito de mi empresa. Por otras cavernas que tenia en otros sitios no menos importantes, me ponia en comunicacion con todos los puntos de la colonia, y llenaban mi plan.

»Pero necesitaba cerca de Filadelfia, en donde yo habia establecido el centro de mis operaciones, algun reducto, ó resguardo ignorado, en donde á cubierto del espionage y de toda sorpresa pudiese congregar mis principales agentes, conferir con ellos, darles mis ór-

denes, y recibir la cuenta que debian darme de su egecucion. Habia recorrido todo el pais, le conocia perfectamente, y en ninguna parte habia encontrado un parage mas recóndito y mas desviado, que la gruta situada cerca de vuestra casa, por donde pasa el rio, el cual podia vadearse en caso de peligro con la ayuda de una barca escondida en la otra orilla; y su cauce muy encajonado hace aquel sitio mas solitario. Los bosques espesos, las rocas escarpadas que le rodean, facilitaban nuestras reuniones, y contribuian á substraernos de todas las indagaciones que pudieran emprenderse. Sabia que solo teniais en vuestra compañía dos mugeres; conocia vuestro método de vida; y aunque no ignoraba cuan de vuestro gusto era aquella gruta misteriosa, y que por lo mismo la frecuen-

tabais de dia, estaba asegurado que no teniamos que temer ninguna irrupcion por la noche, y esto nos bastaba.

»Era tambien indispensable para nuestra seguridad estar enterados perfectamente de cuanto sucedia en vuestra casa; del carácter, usos y conducta de todos los de la familia. Algunos parientes y amigos venian á veros, y se volvian tarde, y aun se quedaban algunas noches en vuestra casa; convenia, pues, saberlo en tiempo para evitar algun funesto encuentro. Puse los ojos en Águeda, y creí conveniente valerme de ella para averiguar todo esto. Era tan crédula como jóven y hermosa, y asi me aproveché de su inclinacion al deleite, no siéndome difícil seducirla, ganarla, y tomar sobre ella el ascendiente mas absoluto, haciendo que sin conocerlo ella misma contribuyese al feliz éxito de

mis designios. Aumentaba su afecto con aquellos regalos que se consideraba podia ofrecerle un hombre de la clase en que ella me creia. Ya la habia acostumbrado á que no me hiciera ninguna pregunta sobre mi género de vida, sobre mi orígen, sobre mis medios de subsistencia; ella fue la que me instruyó de todo lo que pasaba en vuestra casa, y de vuestras palabras y acciones.

»Apenas habia frecuentado estas cercanías, cuando ya oia ensalzaros por todo el pais como una muger extraordinaria, que reunia á todos los atractivos y gracias de su sexo, el talento, conocimientos y demas cualidades que hacen el principal adorno de la hermosura, y os citaban como el modelo de la naturaleza. Excitóse fuertemente mi curiosidad, y no me fue dificil satisfa-

cerla. Como ibais algunas veces á la gruta durante el calor del dia, yo escondido entre los peñascos igualmente coronados de arbustos, pude veros, admiraros á mi espacio y sin estorbo, y alli de nuevo se abrasó mi corazon. A veces os acompañabais con el arpa, y vuestra voz patética y melodiosa, sostenida por los acentos encantadores que vuestra diestra mano sacaba en el instrumento, acababa de causar el desconcierto y perturbacion en mis sentidos. ¿Cuantas veces creyéndoos sin testigos, descubriais vuestros pensamientos hablando con vos misma, y asi me proporcionabais el conocer los mas recónditos sentimientos de vuestro corazon? ¡Ah! Clara, ¡en aquella gruta me embriagó de nuevo aquella pasion fatal que habia hecho ya la desgracia de mi vida! Aquella Beledza que habia

amado tanto, y tanto habia llorado, bien presto cayó en olvido, reconociendo por fin que erais aquella muger única que iba buscando toda mi vida, de la cual la misma Beledza no me habia presentado mas que un bosquejo imperfecto; y todos mis sentimientos anteriores se borraron entonces. Juré amaros á vos sola hasta el postrer suspiro, y aun juré tambien que seriais la última muger que haria palpitar mi corazon.

»No obstante mi situacion debia hacerme renunciar el introducirme en vuestra casa. En efecto, ¿como habia de lograrlo, ni á que título presentarme? No solamente era desconocido, sino que debia evitar el darme á conocer. Sentia que un hombre, cuyo orígen, estado y medios de subsistencia eran tan misteriosos, que no podia dar de sí ninguna razon fundada, no podria prome-

terse ser bien recibido, que le diesen crédito, ni que en fin inspirase el menor interes. Y aun cuando hubiese podido introducirme en vuestra casa, sin causarme ningun perjuicio, el desaliño de mi trage, y mi aspecto desfigurado por los años y las fatigas, no eran ciertamente para agradaros. Mis reconocidas ventajas sobre vuestro sexo no me sosegaban, fui por la primera vez desconfiado y modesto; y esta desconfianza me persuadió que para darme á conocer debia aguardar al éxito de mis proyectos, y que pudiera al presentarme ofreceros una corona. Acercábase el instante en que mi suerte iba á decidirse, en que debia reinar en aquellas comarcas, ó dejar de vivir; y tomé el partido de observaros con vigilancia, y emplearlo todo para conservaros hasta esta época.

»¡Aunque irrite vuestra indignacion no os ocultaré nada! pues no espero disimularos mis yerros, sirviendo de escusa el poderoso motivo que me arrastró á cometerlos. Me conoceis al presente bastante para apreciar mi heroismo con una muger adorada, y cuan poco escrupuloso he sido en todo tiempo en las relaciones con vuestro sexo. Auxiliado de Águeda, ¡me avergüenzo al decirlo! me proporcioné las llaves de vuestra casa, con las cuales hice sacar otras falsas, que me abrieron libre entrada por todas partes. Aprovechéme de vuestras ausencias para entrar en el gabinete, y tomar conocimiento de todos vuestros asuntos. El registro de vuestros papeles, y principalmente la lectura de aquel diario, en que teniais el gusto de escribir fielmente cuanto os causaba alguna impresion en el dia, a-

cabaron de ponerme de manifiesto toda vuestra alma y vuestros mas secretos pensamientos. No trataré de justificar semejante conducta, pero os juro que solo me guiaba vuestro amor, y una viva curiosidad, por el poderoso interes que me inspirabais. En una palabra, estaba de tal modo enterado de cuanto tenia relacion con vos, que no dabais un paso, ni un movimiento sin estar yo exactamente informado. Cuando recogida en vuestra habitacion, debiais creeros sola, estaba muchas veces á vuestro lado. Y me ha sucedido algunas veces velar sobre vuestro reposo, y acechar cuando os despertabais; y aunque de un sexo diferente, y sin ser vuestro esposo, debo confesar que el vínculo conyugal no suele dar acaso siempre de una muger un conocimiento tan íntimo y secreto bajo todos res-

petos. Con todo, siempre os vi la criatura mas pura, mas perfecta; siempre os vi un ángel.

»La rotunda por su situacion me agradaba infinito; y en los intervalos de mis grandes conferencias, me sucedia frecuentemente retirarme á ella por las noches, ya solo, ya en compañía de Talcou, para meditar el buen suceso de mi empresa. Sabia que el fin misterioso de vuestro padre habia cercado aquel lugar de tanto terror, que nadie osaba acercarse á él en la obscuridad, y asi no temia ninguna sorpresa.

»Os acordareis sin duda que una súbita tempestad os obligó con vuestra familia á dejar precipitadamente aquella rotunda una tarde de la primavera última. Yo me encontraba alli, cuando vuestro hermano volvió ya muy tarde á tomar una carta del mayor Stevart,

que se habia olvidado. Le reconocí á la claridad de la luna, al llegar al pie de la escalera. Me era imposible entonces escaparme de sus manos, y sin remedio iba á ser descubierto, no quedándome otro medio para evitar esta desgracia, que emplear aquel talento, que me ha dado la naturaleza de imitar todas las voces, y hacerlas oir de la parte que me conviene; talento fatal, que me prometia no emplear ya por haber probado muchas veces los resultados mas funestos. Conocia las disposiciones morales de vuestro hermano, y sabia que nadie entre vosotros habia conservado tanto la impresion de la muerte de vuestro padre, la cual no obstante podia explicarse por causas muy naturales. Para arredrar á Vieland, y precisarle á que retrocediese, me vi obligado aun á recurrir á aquel

artificio. Remedé la voz de Catalina, que habia oido varias veces en vuestros paseos, y me salió tan bien, que vi á vuestro hermano volverse á casa apresuradamente; y yo me aparté entonces, antes que Pleyel guiado por su incredulidad, y persuadido de que Vieland se habria engañado por su imaginacion, viniese á tomar la carta.

»Presentóse poco despues otra circunstancia que me sobresaltó vivamente, y que me amenazaba perderos. En varias ocasiones habia sido testigo secreto de vuestras reuniones de familia, y no habia tardado en advertir el vivo interes que habiais inspirado á Pleyel. Fui observando la manifestacion y progresos de su amor, llamando mi atencion acaso mucho tiempo antes que vos misma lo conocierais. En aquella sazon, habiendo la baronesa de Stol-

berg perdido su marido, dió aviso á Pleyel convidándole á que viniera á Leipsic á recibir su mano. El honor al parecer le obligaba á ello, sin embargo combatido por la inclinacion que le habiais inspirado, mostraba con bastante claridad, y quedé fuertemente convencido, de que con los esfuerzos que hacia para determinar á vuestra familia á que le siguierais á la Sajonia, trataba solo de conservaros á su lado. Los motivos que alegaba para que dejarais la América, eran bastante especiosos para que me hiciesen recelar que lograria un dia persuadiros.

»Mi empresa adelantaba rápidamente, pero necesitaba todavía un cierto plazo para llegar al desenlace, y hasta entonces debia emplearlo todo para estorbar vuestra partida. Para conseguirlo creí necesario disuadir á Pleyel de

pasar á Europa; y á este efecto puse un hombre de confianza en un bastimento en el surgidero enfrente de la embocadura del Delavare, con órden de aguardar allí los paquebotes de Hamburgo, que no tardarian en llegar; y que luego entrase á bordo á seducir á los capitanes, para que le entregasen las cartas selladas de Sajonia, y en caso de resistencia tomarlas á la fuerza. Mi agente logró sacarlas, y me las trajo; arrojáronse al fuego las que venian dirigidas á Pleyel, y las que le escribia la baronesa. Esta medida produjo un efecto del todo distinto del que imaginaba; porque Pleyel inquieto por no haber recibido ninguna noticia de aquella muger adorada, se habia decidido á partir para Hamburgo, y poner en egecucion todos los medios de determinar á vuestro hermano á que se

aprovechasen del regreso del paquebot que habia llegado últimamente para acompañarle, y conducir á Sajonia toda la familia.

»Como era inminente el peligro de perderos, no debia omitir nada para evitarle; asi redoblé la vigilancia. Vi una tarde que entraba Pleyel en vuestra casa, y que salió un instante despues con Vieland á pasear por las cercanías. Dudando, pues, cual seria el objeto que se proponian en su paseo, me puse á seguir sus pasos, y escuché atentamente la discusion que se habia suscitado entre ellos. Pleyel porfiaba sin omitir ningun argumento para impeler á vuestro hermano á que le acompañara; yo temblaba de que no llegase á término de sacarle el consentimiento. Vuestro hermano no obstante se resistia con teson, dejando el punto

sin decidirse todavía. Perplejo entre el temor y la esperanza, vi finalmente que subian á la rotunda. No pudiendo resolverme á ignorar el resultado de su conferencia, me degé descolgar hasta la mitad de la altura en una concavidad de la roca que le sirve de base, y desde donde el silencio de la noche me permitia oirlo todo.

»Básteme deciros que queriendo evitarme nuevas inquietudes, y deseando disuadir á Pleyel de que renovase semejantes tentativas, para conseguirlo creí que debia quitarle toda idea de volver á Leipsic. Aprovechéme de un momento favorable, á pesar de mi repugnancia en emplear este medio, para hacer oir de nuevo la voz misteriosa, procurar persuadir por un *no* pronunciado con fuerza, que Catalina no estaba dispuesta á abandonar sus hoga-

res, y anunciarle de un modo positivo la muerte de la baronesa. Finalmente, para asegurar el éxito de este artificio, y acabar de convencer á Pleyel, á quien podia quedar alguna duda, puse en uso el medio que habia empleado ya, haciendo apostar en el paquebot, que llegó veinte dias despues al Delavare, un aleman que habia conocido en otro tiempo á Pleyel en Leipsic, el cual se encargó de confirmarle esta muerte, anunciada ya tan misteriosamente. Estaba muy distante de preveer los funestos resultados que esta superchería podia producir en el espíritu de vuestro hermano. ¡Ah, Clara! ¡pensad en el motivo que me arrastró, privándome de toda reflexion el temor de perderos!

»A pesar de mi resolucion de no solicitar vuestro conocimiento antes del fin de mi empresa, no pude resistir al

deseo de conocer que efecto os hacia mi vista; asi de acuerdo con Águeda, pasé por delante de vos una tarde que estabais leyendo sentada á vuestra puerta, y poco despues que os entrasteis fui á llamar, y pedir con que refrescarme. Volví el vaso, y estabais en el patio cuando me presenté á vos por la primera vez; y descubrí con satisfaccion la impresion favorable que acababais de recibir; la cual supe por Águeda que habia sido tan profunda, que os ocupó una gran parte de la noche. Queria reducirme á esta prueba; mas la suerte decidió de otro modo, siéndome mucho mas propicia de lo que esperaba.

»Insistia Águeda que podria haberme engañado por lo que manifestabais, porque lejos de ser una muger ordinaria, os conocia inaccesible á las debi-

lidades de vuestro sexo; que libre del temor y de las preocupaciones, las historias de apariciones, de espectros, que tienen tanto imperio sobre las mugeres, no excitaban en vos sino el desprecio; que jamas habiais mostrado temor á los ladrones, ni tomado ninguna precaucion para preservaros de sus atentados, y que en fin teniais un carácter inalterable.

»Hallaba mucha dificultad en dar crédito á todo esto, acusando á Águeda sus exageraciones; mas como persistiese, quise asegurarme de la verdad, y lograr la medida exacta de vuestra firmeza, para arreglar por ella mi conducta. Clara, perdonad el imprudente ensayo que me atreví á hacer de vuestro valor y presencia de ánimo, pues esta prueba os pudo ser muy funesta.

»La noche siguiente, con la ayuda

de una escalera, llegué á lo alto de las vidrieras de la cúpula que cubre vuestro gabinete, desde donde hice oir un diálogo entre dos malhechores que conspiraban un asesinato. Si menos sobresaltada hubierais podido escuchar atentamente la serie de este diálogo, os hubieseis convencido que no intentaban vuestra muerte, y que la misma víctima pedia perdon implorando vuestro auxilio; y esta víctima os hubiese parecido que era Águeda, para que fuerais al punto á socorrerla. Aguardaba veros de repente abrir la puerta del gabinete; pero os lanzasteis fuera del aposento, y de un salto bajasteis la escalera, viéndoos en un instante salir de casa, y huir con la rapidez del rayo. Habiéndoos seguido, os hallé tendida sin conocimiento á la puerta de vuestro hermano. Al veros en tal situacion,

no tuve mas tiempo que para llegarme á la cerraja de la puerta, y dar una voz de aviso que despertó á toda la casa, alejándome luego que estuve cierto de que venian á socorreros.

»Esta prueba se convirtió contra mí, y recibí el castigo en los tormentos de los celos mas terribles; pues á peticion de vuestros amigos, Pleyel vino á establecerse en vuestra casa, y á pasar en ella las noches. Esto me obligó á pasar tambien en ella todas las que pude quitar de los cuidados importantes que me ocupaban entonces; pero confieso que bien pronto tuve que afrentarme de mis sospechas, quedando luego convencido que erais tan virtuosa, como Pleyel era delicado y hombre de bien. Hasta entonces siempre habia mirado por el aspecto criminal las conexiones de mi sexo con el vuestro; pero

vos me hicisteis ver que no se debe juzgar con tanta ligereza.

»Algun tiempo despues de esto habia dado la cita á muchos de mis gefes para la gruta, adonde solia entrar antes de la hora señalada para esta reunion, á fin de asegurarme por mí mismo, de que aquel sitio estaba enteramente libre, y que no teniamos que temer ninguna sorpresa, cuando os hallé con grande admiracion mia perfectamente dormida. No dudé que os habria asaltado el sueño, pero me convenia apartaros de aquel parage, y aun hacer que le abandonarais enteramente, y asi empleé tambien para lograrlo la voz misteriosa, procurando haceros creer que yo era uno de los asesinos arrepentidos, que anteriormente en vuestro gabinete conspiraban contra vuestra vida; y os advertí de un modo decisi-

vo, que estabais en peligro en aquella gruta, y que en cualquiera otra parte estariais en perfecta seguridad. Quise consternaros, y os recordé el fin terrible de vuestro padre, amenazándoos con una suerte semejante, si llegabais á divulgar lo que acababa de deciros. Este mandato os produjo todo el efecto que esperaba, guardasteis sobre este acontecimiento el mas profundo silencio; aquella firmeza tan opuesta á mis designios comenzaba á debilitarse, y de esta docilidad saqué un presagio muy favorable para mis ideas. No queriendo manifestarme, no sabia en la obscuridad que reinaba entonces, como lograria sacaros de aquel sitio, de tanto riesgo para vos y para nosotros; y cuando discurria sobre los medios de egecutarlo, vino felizmente Pleyel á buscaros, inquieto por no haberos enco-

trado en casa. Me escondí en el ramage; pasasteis y subisteis la rampa sin verme.

»La víspera de esta aventura fue cuando me encontré en el café con Pleyel, el cual me reconoció, y efectivamente estuvimos los dos estrechamente unidos durante mi mansion en Valencia. Sentí mucho este encuentro, por lo que contribuia á llamar la atencion sobre mi persona, que tanto me interesaba ocultar, y no hubiese admitido el convite que me hizo de visitar vuestra familia; hubiese porfiado en que no le conocia, y aun en que se engañaba; pero carecia de fuerza para resistir al gusto de verme introducido en vuestra casa, al deseo de veros mas de cerca, y á la esperanza de poder hablaros con alguna frecuencia.

»Me prometí contrabalancear esta

imprudencia por medio de mucha circunspeccion, dejando ignorar quien era, lo que hacia, en donde vivia, cual era mi género de vida; y lo conseguí á pesar de todos los esfuerzos de Pleyel en satisfacer su curiosidad y la vuestra acerca de todo esto. Cuando en la primera visita entrasteis en casa de vuestro hermano, advertí en vuestro rubor, embarazo y trastorno, que la impresion que os causó la primera vez mi presencia, habia sido entonces mucho mas profunda. No sentí hallarme en situacion de velar de mas cerca sobre la conducta de Pleyel, los progresos que habia empezado hacer en vuestro corazon; y para detenerlos, al encontrarme con vos en el patio al tiempo que salíais, afecté hablaros con un tono profético y misterioso, de suerte que excitase vivamente vuestro interes á mi fa-

vor, y os preocupase contra Pleyel. Cuando despues me consultasteis acerca de los sucesos extraordinarios acaecidos en vuestra familia, tuve cuidado de responder sin oponerme á las opiniones de ninguno de vosotros. Os degé, pues, en la incertidumbre en que deseaba manteneros, y conservé á vuestro hermano en la idea de una intervencion sobrenatural, aunque á veces parecia entrar en la incredulidad de Pleyel.

»El tiempo pasaba, Pleyel desalentado se iba extrañando, como que renunciaba á vuestra mano; y yo veia por último con alegría, que se acercaba el instante en que podria ofreceros un puesto digno de vos, cuando recibí la carta en que vuestro hermano, participándome vuestro matrimonio con Pleyel me desterraba de su casa, y me

frustraba todas las esperanzas. Nada igualó mi desesperacion al verme delante de mi rival cuando me entregaron la carta. Todo estaba perdido, y para evitar la desgracia que me amenazaba, me veia reducido á recurrir á la violencia, y asi resolví emplearla.

» Dejando á Pleyel en el café, me aceleré á salir, y á montar en un excelente caballo que tenia en la vecindad, y en breves instantes llegué cerca de la heredad de Vieland. Excité de nuevo la vigilancia de los espías, que ya hace tiempo os acechaban á vos y á Pleyel, á fin de que me avisaran al momento de cuanto ocurriese, para tomar el partido conveniente segun las circunstancias.

» Me dicen al llegar que ya estabais mucho tiempo en casa de vuestro hermano, y aprovechándome de vuestra

ausencia, voy volando á vuestra casa, pregunto á Agueda sobre aquel matrimonio, y nada sabia; solo me previno, que al salir le habiais advertido que acaso no volverias aquella noche. Estaba en brasas por saber si habiais dado vuestra mano de grado ó por fuerza; y acordándome de la costumbre que teniais de trasladar al diario todos los sentimientos que agitaban vuestro corazon, me resolví á registrarle, esperando hallar lo que deseaba con tanta impaciencia.

»Me introduge pues en el gabinete, empecé el registro, y logré con grande sentimiento mio la prueba, de que á pesar del imperio con que sabiais dominaros, y la irresistible magia que os atraia á corresponder á mi pasion, habiais resuelto casaros con Pleyel. En mi desesperacion no sabia cómo evitar

la pérdida que me amenazaba. Despues de algun tiempo de perplexidad sobre la eleccion de los medios, vi que el rapto era el único que podia arrancaros de las manos de Pleyel, y aseguraros en mi poder.

»Iba á retirarme para preparar los medios de egecutarle, cuando oí que entraban en el patio. Juzgué que no podia ser otro que vos, porque Águeda estaba acostada en su aposento en la otra extremidad de la casa. En efecto el criado que os habia acompañado, habiéndoos dado las buenas noches, se retiró, y os oí subir. Apagué la luz que habiais podido divisar, porque vuestro gabinete no tenia mas luz que la de la cúpula, y me decidí á quedarme en donde estaba, no pudiendo escaparme sin encontraros y ser descubierto.

»Entrasteis en el aposento, y espe-

raba que saldriais antes de acostaros, ya para ir á buscar la luz, ya para ver á Águeda. ¡Vana esperanza! Os disponiais para no salir, y yo temblaba; ¿que sospechas no ibais á concebir hallándome asi por la noche encerrado en vuestra casa? ¿Que escusas, que pretextos hubiese podido daros?

»No oyendo ningun ruido presumí que lejos de acostaros os habriais sentado embebida en vuestras reflexiones. No me quedaba otro recurso para salir del gabinete que aguardar á que durmierais; pero lejos de ver llegar este momento, me convencieron algunos suspiros y palabras interrumpidas de lo agitado que se hallaba vuestro corazon, acaso por no haber visto á Pleyel aquella noche. ¿Quien habia podido detenerle, cuando al salir yo del café ya estaba para marcharse? Ardia de impa-

ciencia por saber la causa de esta tardanza.

»Luego os oí levantar y encaminaros al gabinete, y por la primera vez se me apoderó un estremecimiento universal. Nada es comparable á la repugnancia que sentia de verme descubierto en semejante situacion; y para evitarlo estorbé que abrieseis la puerta con toda mi fuerza. Os parasteis, y respiré por un momento; mas persistiendo en vuestro designio, llevasteis la mano á la cerraja, y os oí retroceder algnnos pasos; mas volvisteis á vuestra primera resolucion de abrir arrostrándolo todo. Entonces arrebatado, empleé sin reflexion el medio fatal con que siempre he salido victorioso. Las palabras: *deteneos, deteneos*, hirieron vuestro oido como si salieran de algun agente invisible puesto á vuestro lado. Aguardaba veros huir;

pero ¿cual fue mi sorpresa al oir que despues de inútiles esfuerzos para entrar, me conjurabais con energía á que os abriese como asegurada de que yo estaba dentro? Mi sobresalto me privó de toda la presencia de ánimo; y soltando la puerta, se abrió con violencia, y retiréme al fondo del gabinete.

»A pesar del desconcierto en que me hallaba me ocurrió aprovecharme de mi estratagema de persuadiros, que desesperado por la carta de vuestro hermano, me habia escondido en aquel sitio con la intencion criminal de intentarlo todo para poseeros; pero habia frustrado mi designio la intervencion del agente misterioso que acababa de oirse. Con esto ganaba fortalecer mas las impresiones de temor y asombro que ya os habia inspirado, y que hasta entonces no os dejaban formar ningun juicio

cierto sobre todos aquellos acontecimientos. Iba á acabar de conoceros, y juzgar por vuestra conducta en una circunstancia tan crítica, hasta que punto estabais sugeta al imperio de las preocupaciones.

» Púseme de manifiesto, y empleando un tono profético, os anuncié que no seriais jamas de Pleyel, y me retiré, dejándoos en la mayor confusion y perplexidad. Monté á caballo, y apresuré mi carrera para ir á Filadelfia, á asegurarme de los motivos que habian podido impedir á Pleyel que saliese, cuando á la claridad de la luna divisé que se encaminaba aceleradamente á vuestra casa.

» Clara, aqui es en donde debo reclamar toda vuestra indulgencia, y solicitar mi perdon. Impelido por el amor, los celos y la desesperacion, tuve la

osadía en aquel momento de concebir la mas odiosa estratagema de haceros perder irreparablemente para siempre la estimacion de Pleyel; acallando entonces mi conciencia con pensar que el agravio que iba á haceros, bien pronto le borraria, recibiendo vuestra reputacion dentro de pocos dias una nueva brillantez. Me apeo, arrimo mi caballo, me descuelgo á la gruta, y al oir que pasaba Pleyel, imito vuestra voz, fingiendo un diálogo que le persuadiese que entre nosotros mediaba el trato mas criminal, y que estábamos dispuestos á huir juntos. ¡Que os he de decir! Es inútil referiros aqui las consecuencias lastimosas de aquel inicuo artificio; mas todo lo sacrificaba á mi pasion.

»Logré engañar completamente á Pleyel, y aguardaba que se volviera por

el mismo camino; pero ¡cual fue mi sorpresa al verle tomar el camino de vuestra casa, como habiendo quedado todavía dudoso! Temia que hallándoos en casa, reconociera su engaño, y asi me determiné á seguirle para saber el resultado á su llegada. Salté la balaustrada, y poniéndome bajo las ventanas descubrí con admiracion que sin veros se habia retirado en seguida á su habitacion, con lo que me pareció quedar asegurado del éxito de mi astuta trama. Volvíme en derechura á Filadelfia, en donde supe al dia siguiente que me habian publicado en las gacetas con todas las señas, ofreciendo una recompensa considerable á los que consiguiesen prenderme; y asi me fue preciso esconderme, y huir, para evitar el caer en poder de la justicia.

»Avisado por mis espías de que os

habiais presentado en casa de Pleyel para emprender vuestra justificacion, y del resultado de esta tentativa, aventuré la carta que os entregaron al salir de Filadelfia. Abandonada, y aun desechada por Pleyel, os hallabais enteramente á mi disposicion, y habia llegado á ser vuestro único recurso. Tampoco dudé que acudiriais á la cita que habia sabido haceros indispensable, ni olvidé en la carta ninguno de los argumentos propios para atraeros, y proponiéndome abriros mi corazon, y mostraros todos mis sentimientos, esperaba haceros consentir á que aceptarais mi mano, y despues un trono.

»No obstante, no omití ninguna de las precauciones que podian ponerme á cubierto de toda tentativa contra mi libertad, y al pasar á vuestra casa cuidé de sitiarla á cierta distancia de

hombres intrépidos, á fin de precaver toda sorpresa. Proporcionéme luz al entrar, la que apagué despues de haber hecho un escrupuloso registro, y coloquéme en un cercado á corta distancia de la puerta, desde donde podia veros venir, y asegurarme si veniais sola. Con una señal debian avisarme al momento en que os presentarais; y con otras prevenirme si despues llegaba algun otro; y de esta suerte podria con tiempo atender á mi seguridad.

»Tomadas estas medidas os aguardé con impaciencia, y ya comenzaba á temer que no vendriais, cuando la señal convenida me anunció que se encaminaba á la casa otra persona que no erais vos. No tardé en verle parecer; pasó muy cerca de mí, y reconocí á vuestro hermano, que en derechura entró en vuestra casa. Ocurrióme de pronto que

no habiendo querido asistir á la cita, habiais entregado mi carta á Vieland, el cual venia á llenarme de improperios. No podia esperar, pues, sino una *explicacion*, ó *violenta*, ó *á lo menos* muy desagradable; y asi para vengarme quise hacerle á él mismo el instrumento que debia proporcionarme el que aquella misma noche vinierais, aunque fuera contra toda vuestra voluntad y resolucion. Conocia sus disposiciones morales, y cuan fácil le hacian de engañar. Habia escondido en vuestra casa unas composiciones fosfóricas, y otras preparaciones químicas, con cuyo auxilio podia en caso necesario producir efectos maravillosos para intimidar á los mas intrépidos, y asi me mostré á sus ojos bajo una forma luminosa, misteriosa y agradable. Provoqué con un tono solemne su rendimiento y obedien-

cia; y ya iba á terminar por mandarle que os acompañase él mismo, cuando un golpe tan violento como inesperado á la puerta de la calle, me precisó á que desapareciese, y á aquel relumbrante prestigio siguióse la mas profunda obscuridad.

»Me apresuré á salir detras de vuestro hermano, y me aposté de nuevo en el jardin para conocer al que se habia tomado la libertad de causar semejante interrupcion, y reconocí á Catalina que altercaba con Vieland; ella rehusaba entrar en vuestra casa, y él persistia en precisarla á que entrase, para convencerla de que no estabais. En fin entraron los dos; y cuando aguardaba que se retirasen, vi despues de algun rato, y con grande admiracion mia, que vuestro hermano se marchaba solo. No concibiendo por que de-

jaba alli á su muger, no pude resistir al deseo de aclarar este misterio, y volví á entrar. Nada se oia en toda la casa; subí sin hacer ruido; vuestra sala estaba abierta, y alumbrada por una luz que habia dejado Vieland. Despues de un momento de perplexidad me resolví á pasar adelante. Nada podia yo temer de una muger; pero en caso de que vinieseis, estorbaria nuestra conferencia, si antes no la ahuyentaba. Miré por el interior de aquel aposento, y no ví á nadie; llamé, y no me respondieron; tomé la luz para registrar por todas partes.... ¡Cual me quedé, cuando dirigiendo la vista á la cama, divisé, tendido y sin vida, el cuerpo de la desventurada Catalina....! La sangre se me heló en las venas al descubrir las fatales consecuencias de la estratagema que acababa de emplear

con Vieland. No dudé que llegasen incesantemente á buscar esta desdichada víctima, y que por aquella noche era preciso renunciar el veros. No obstante temiendo que aun vinierais, me di prisa á poner un billete, para preservaros de aquel horroroso espectáculo.

»Apenas me habia puesto á escribirle, cuando una nueva señal me avisó que os acercabais, y me vi en la precision de dejar el billete sin concluir; oí que llamabais, y guardé silencio temiendo que vinierais acompañada. Apagué la luz, y creí sería prudente retirarme con mi escolta, para evitar que me viesen ó encontrasen los que sin falta acudirian entonces. Me disponia á ello, cuando os vi entrar sola, y por la puerta escusada. Escondido en el patio os degé tomar luz, y subir á la habitacion. Temia el terrible efecto que os debia causar la vis-

ta de Catalina asesinada, no reparando antes en mi billete; y empleé los medios que sabia poner en uso para impediros pasar adelante. No habreis olvidado la voz que os hice oir al subir la primera grada de la escalera, y la espantosa vision con que quise aterraros. Pero superior á vos misma lo atropellasteis todo, y con la mayor intrepidez subisteis á la habitacion; yo temiendo me sorprendiesen, me apresuré á huir de aquel lugar de destruccion."

Esta es, Clara, la explicacion de los misterios maravillosos (3) que por tanto tiempo os han cercado; estos son los motivos que me dirigian, y las funestas resultas que han producido, siendo la causa involuntaria. ¡Ah! ¡perdonad los errores en que el amor me ha obstinado! Mi vista os puede causar pena; mas no debe inspiraros horror.

»Sabeis todo lo que ha seguido á aquellos desgraciados acontecimientos; sabeis que pudiendo escaparme despues del descubrimiento de mis proyectos, quise mostrar á la América entera con partir públicamente, que yo no debia esconderme ni huir como un malhechor, ni como un obscuro aventurero. ¡Ah! perdonadme; restituidme vuestra estimacion y confianza. Soy digno todavía de ella, la experiencia lo acreditará: confiadme el cuidado de vuestra seguridad y de vuestro bienestar; yo enjugaré vuestras lágrimas y cicatrizaré las llagas de vuestro corazon. Si al presente no puedo ofreceros aqui parte de una corona, puedo aun en Europa hacer vuestra suerte envidiable.

CAPÍTULO IV.

Despues de estas palabras calló; pero mientras hablaba se habia ido acercando á mí insensiblemente, lo que no me dejó advertir la atencion no interrumpida con que escuchaba su narracion, teniéndome suspensa su inconcebible magia, y el hechizo irresistible con que acompañaba sus acciones y discursos. Habia llegado á tomar una de mis manos, que acercó á sus labios, y sentí mojada de sus lágrimas. El prestigio que se habia apoderado de mí no se disipó hasta que le vi caer á mis pies. »¡Consentid, exclamó, consentid en ser mia! ¡olvidad lo pasado! Todavía se nos presenta un porvenir tan brillante como venturoso. ¡Ah! Clara, ¡no le desecheis! Que D. Francisco os logre

en este momento de vos misma; nada echará menos, ni nada deseará; bastándole vos á su dicha." — »Jamas, le respondí, revistiéndome entonces del sentimiento de mi decoro é inocencia; jamas despues de lo que ha pasado existirá entre nosotros ningun trato ni relacion; jamas volveré á veros.... Alejaos, me lo habeis prometido; libradme de vuestra presencia, y que ignore yo en lo sucesivo hasta el menor rastro de vuestra existencia."

Iba á responderme, cuando un nuevo señal le dió á entender que alguien se acercaba. Levantóse con precipitacion. »A Dios, Clara, me dijo: mi seguridad me obliga á partir. Esta interrupcion me impide obtener la certeza de mi ventura; pero hallaré los medios de veros.... ¡A Dios!" Y salió con rapidez. Imaginé de pronto que mi tio

impaciente por mi ausencia, y sospechando que podria estar en mi casa, venia á arrancarme de aquella triste mansion, y abrí de contado la puerta del gabinete para que entrase la claridad de la luna en la sala. Oí que pasaban por el patio y subian la escalera, y al parecer el que se acercaba iba descalzo. ¿Quien podia presentarse asi? ¿Era un enemigo, ó un protector....? Doy una mirada á la escalera, y veo que subia un hombre casi desnudo; los cabellos enmarañados le tapaban la cara; unos vestidos sucios y andrajosos, los pies y manos ensangrentadas, sus facciones desfiguradas, me le hacian desconocer.... Entra, levanta la cabeza, pongo la vista en él.... ¡cielo! ¡era Vieland....! ¡era mi hermano!

Registró con los ojos toda la sala; al verme prorumpió en una risa insensa-

ta, y se paró inmóvil, cruzados los brazos, y como abismado en sus reflexiones. En fin levantando las manos al cielo: »¡Oh Dios! exclamó exaltado, ¡tú has conducido mis pasos....! ¡Tú te dignas guiar mi brazo....! ¡Todavía puedo ofrecerte un nuevo sacrificio....! Todavía puedo merecer á tus ojos..." Se adelanta hácia mí; y yo indeliberadamente, y por un mero instinto de mi conservacion, tomo un cuchillo que habia en la mesa. Este movimiento paró su atencion, se detuvo, y lanzando sobre mí una mirada aciaga: »¡Pobre Clara! exclamó, ¿cual es tu designio? ¿Que intentas? ¿Piensas cambiar tu destino? Tu suerte está decretada; en vano piensas substraerte. Sométete; no te expongas con una resistencia inútil, y con vanos ruegos, que no han de ser oidos, á prolongar tu agonía. Mira ese relox; él

señaló la última hora de nuestro padre, y va tambien á señalar la tuya; el primer golpe que se oirá es el término de tu existencia, señalando inexorablemente el instante de tu destruccion.... Clara, es preciso que te prepares para morir."

Clavó la vista en aquel fatal relox que tantas veces habia yo mirado con terror, y por un funesto presentimiento me era tan formidable. Dentro de algunos minutos iba á reunirme con los mios en el sepulcro, y aunque en mis penas habia deseado la muerte, pero el aspecto en que se me presentaba, me era tan horroroso.... ¡Iba á recibirla de la mano de un hermano!

¡Ah! quisiera poder en este momento suspender mi narracion, pues todo lo que hasta aqui he contado pierde su vigor, y se obscurece en vista de la

escena espantosa que aqui ofrece mi historia. Un sudor frio, y un estremecimiento mortal, me puso azorada y convulsa; las sombras de la muerte cubrian mi vista despavorida, latia mi corazon con violencia, y lanzaba profundos suspiros, al ver en un hermano mi verdugo; sentia todo el peligro de mi situacion, y no veia medio para escaparme de sus manos. ¡Y como echaba menos en aquel momento á Carvino!

De repente veo á Vieland que se mira al rededor, poniendo oido como si aguardara descubrir una vision, ú oir una voz que le alentase en su designio. Acércase á la cama, y contempla intensamente aquella misma almohada que habia sostenido la cabeza de su primera víctima, de mi amada Catalina, el lecho en que habia dejado el cuerpo de su infeliz esposa. Vuelve en

seguida á ponerse enfrente de mí, los ojos fijos en el relox. No osaba desplegarle los labios, y mi mano, aunque armada, se negaba á defenderme contra un hermano tan desgraciado. El terror, la desesperacion y el amor fraternal despedazaban atrozmente mi corazon. Con todo para evitar un extravio de mi razon, en lance tan desesperado, arrogé de improviso lejos de mí en el suelo el arma de que me habia provisto. El ruido que hizo al caer le sacó de su meditacion; la miró, y despues puso los ojos en mí con grande atencion; la recogió con mucha calma, la volvió de todos lados, examinando con cuidado la punta y el corte. La probó en una de sus manos, que se hirió haciendo salir sangre, sin mostrar el menor dolor, y guardando el mas profundo silencio.

Degé entonces de temer por mí, y

en vano procuré hablarle para disuadirle el funesto designio que le suponia.... Quedé muda y sumergida en lágrimas. »No es, Clara, esta arma la que debeis temer, me dijo, yo no debo bañar mis manos en vuestra sangre; y asi quitándoos la vida debo evitar el derramarla.... La saeta de ese relox adelanta.... pasados algunos minutos dará vuestra última hora. Solo despues de haberos reunido á mi muger y á mis hijos, me será permitido servirme de esta arma para ir á juntarme con todos vosotros, y recibir mi recompensa." Y dicho esto la arrojó á larga distancia.

No podia escaparme, porque se habia puesto delante de la puerta; librarme era imposible, ya solo debia pensar en morir. ¡Que no hubiera yo dado en aquel momento para ver comparecer aquel Carvino, que acababa de des-

terrar para siempre! Haciendo el último esfuerzo apenas pude articular estas palabras interrumpidas de sollozos: »¡Oh, hermano mio! perdóname.... No añadas un nuevo crímen á los que un funesto error te ha hecho cometer.... ¡No asesines á tu hermana!"

En aquel momento se dejó oir el fatal relox. Vieland se adelanta, siento que su brazo nervioso coge el mio, mientras que su mano fratricida me agarraba del cuello. Caí gritando: »¡Ah! ¡Carvino! ¡Carvino! ¡en donde estais....! ¡Salvadme....!"

Al instante oyóse un grito espantoso que parecia penetrar el techo, que pronunció estas terribles palabras: ¡*deteneos*! ¡*deteneos*! que dejaron inmóvil á mi hermano. Era evidente, pues, que Carvino estaba cerca, que me habia oido, y que acababa de obrar en mí

favor aquel nuevo prodigio. Mas ¿por que se detuvo, y paralizando la mano de Vieland, no le obligó á volver al calabozo?

A este grito pareció calmarse el furor homicida de mi hermano, y manifestando en todas sus facciones la perplexidad y el asombro, quedó irresoluto como aguardando recibir órdenes mas positivas. Yo tenia embargados mis sentidos, y apenas sentia mi existencia. Despues de una corta suspension, en que todo quedó en silencio, asi se declaró la misma voz con tono solemne: »¡Hijo del error! ¡abjura tu existencia! Yo jamas te he mandado el asesinato; una horrible demencia ha enagenado tu razon y tu mano. Vuelve á los principios de humanidad y de moderacion, que manda el cielo que se egecuten; llora una esposa y unos hijos, que tan

cruelmente has asesinado; recobra el uso de tu razon; no seas furioso é insensato...., sino lo que fuiste antes de este fatal extravío."

Vieland experimentó en aquel momento una revolucion moral, y cayó en una silla, como herido de un rayo: parece que en aquel instante se habia rasgado el velo que ofuscaba su entendimiento; quiero hablar, y no puedo pronunciar sino sonidos insignificantes. Libre ya del entusiasmo heroico que hasta entonces le habia fascinado, y oprimido bajo el peso formidable de aquellos asesinatos, le devoraba un atroz remordimiento. Los ojos fijos, la cabeza baja, los brazos colgando, presentaba en la transformacion que sufria entonces, un cuadro no menos lastimoso, ni menos terrible, que el que habia ofrecido en medio de su furor.

Repentinamente, como procurando recoger y fijar sus ideas vagas y confusas, se levanta, se pasea con aceleracion por la sala, se tuerce los brazos, y apretando con ambas manos la cabeza, exclama: »¿En donde estoy yo? ¡que he hecho....! ¡Que espíritu infernal me ha extraviado y conducido mi mano.....! ¿Que será de mí? ¡Mi muger....! ¡Mis hijos....! ¡Dios! ¡has podido permitir que un esposo, y que un padre haya sido su asesino....! ¡Quedo anonadado bajo el peso de mis crímenes, sin ningun apoyo, sin ningun consuelo.....! ¡Ah! ¡no puedo sobrellevar la vida....! ¡Mi existencia es horrible....! ¡Que horror....! ¡Debo y quiero dejar de vivir!"

Divisa el arma que estaba en el suelo, arrójase á ella, la coge.... doy un grito, quiero detenerle, ya era tarde.... Ya por tres veces se la habia clavado

en el corazon. Tendido á mis pies, estaba ya envuelto en su misma sangre. Comparece Carvino: ¡por que no vino antes! »¡*Hombre audaz*! exclamé, ¿*que habeis hecho*?"—»¡*Evitar vuestra muerte*....!"—»*Sí*, ¡*causando la de mi hermano*....! La muerte y la desolacion siguen vuestros pasos." Arrogéme sobre el cuerpo ensangrentado; Carvino quiso desasirme, antes nos levantaron juntos sin poder separarnos. Dejadme, dejadme, le dige; aqui es en donde quiero morir."

Carvino sumamente desconcertado no sabia que partido tomar, cuando se oyeron fuertes silbidos muy continuados. ¡Cual fue mi sobresalto! En el mismo instante entraron muchos incógnitos, cuyo aspecto me llenó de un nuevo terror, y se le acercaron con un aire respetuoso. Dirigiéronle algunas pa-

labras que no comprendí, ni su respuesta; y á una señal que les hizo me arrebatan en sus brazos, á pesar de mis gritos y resistencia; me bajan por la escalera sin hablar, y perdí totalmente el conocimiento al llegar al umbral de la puerta.

CAPÍTULO V.

Al recobrar mis sentidos me encontré á caballo en los brazos de un hombre alto y nervudo, entre otros muchos tambien á caballo, que nos acompañaban con grande escolta. Hacia mucha obscuridad, de modo que apenas se distinguian los obgetos; no obstante advertí que la campiña que atravesábamos estaba absolutamente inhabitada. Viendo que era inútil toda resistencia me resigné con mi suerte; dirigiendo

algunas palabras á mi conductor, que me tenia estrechamente abrazada, le pregunté con sumision en manos de quién iba, adónde me llevaban, y qué querian hacer de mí. »Perdonad, señora, me respondió en un lenguage apenas inteligible; perdonad, si no puedo satisfacer á estas preguntas, solo puedo aseguraros que no teneis nada que temer ni en la vida ni en el honor. Señora, estamos ya fuera de todo alcance, nos hemos apresurado tanto, con el fin de ponernos á cubierto de las persecuciones de vuestros amigos; pero ya hemos llegado, sosegaos; sé que este rapto no tenia mas obgeto que vuestra seguridad, vuestro sosiego, y vuestra dicha."

Caminamos una parte de la noche, jamas me habia internado en el pais, mas por lo que habia oido, y por los

mapas observé que despues de haber seguido el rio Scuilquill, remontando hácia su nacimiento, habiamos atravesado las altas montañas de Kitatini, al norte, y nos internábamos en los bosques de abetos. Me confirmé en esta direccion, cuando nos hallamos enfrente de un rio, que no podia dejar de ser un brazo de la Susquehanna, que atravesamos en una barca. Apresuramos de nuevo nuestra marcha, y comenzaba el crepúsculo, cuando llegamos á las orillas escarpadas de un lago, que sin duda era el que se halla señalado en el mapa, entre el rio y las montañas de Burnet, y en efecto no hay ningun otro desde el mar hasta los vastos lagos de Erie y de Ontario.

Alli me apearon del caballo, y unos salvages que nos aguardaban, al punto llevaron los caballos hácia lo interior

de los bosques. Una rampa formada por la naturaleza en la roca, nos condujo al agua; en donde habia un barco cubierto amarrado en una especie de ancon; y luego que entramos izaron velas, y bogamos hácia la otra ribera con viento favorable. Nos aproximamos á tierra cuando el sol pareció sobre el horizonte, siempre combatida de los mismos temores é incertidumbre, siendo inútiles todos sus esfuerzos en consolarme. ¿Cual era el designio de aquella sorpresa? ¿Cual seria mi suerte? Veiame arrebatada por unos hombres desconocidos, que al mismo tiempo que guardaban conmigo todo miramiento, evadian mis respuestas. Aquellos espesos bosques, aquellas montañas escarpadas, el lago, la barca prevenida, los salvages apostados, todo aquel aparato me convencia hallarme entre malhecho-

res y revolucionarios, que me llevaban á sus recónditas guaridas. ¡Cuan expuesta me consideraba á toda suerte de peligros! La violencia, la pérdida del honor, el verme envuelta en sus delitos y atentados; combates sangrientos, sorpresa de la justicia, prisiones, cadenas, muerte ignominiosa, sepulcros, todo me lo representaba al vivo mi imaginacion tan fuertemente conmovida por un contraste tan nuevo y asombroso de sentimientos y de pasiones, de escenas lúgubres, y de fuga con foragidos á horas cautas, y por sitios sospechos. Mi infeliz hermano revolviéndose en su sangre, víctima de las diábolicas maquinaciones de un Carvino, no se apartaba de mi vista; su lastimosa imágen me seguia por todas partes, y se juntaba con todas mis ideas de tristeza, de temor, de desesperacion

y de venganza. ¿Quienes eran aquellos hombres? ¿quien los dirigia? ¿Adonde me llevaban? Cuanto mas reflexionaba en mi situacion mas me confundia; ¡ni aun podia formar congeturas....! Llegué á temer que los iroqueses me llevasen á su pais, desde donde era preciso que perdiese la esperanza de escaparme y de restituirme á la colonia. La hambre y frio á que habia estado expuesta toda la noche se me hacian intolerables; iba á desfallecer, cuando acudiendo á mis quejas me hicieron tomar un poco de vino de Porto, con unos bizcochos de mar, asegurándome que tocábamos ya al término de nuestro viage.

Sin embargo como no descubria ningun punto habitado, ni aun por salvages, creí por algun tiempo que querian engañarme. Estábamos á un tiro de fu-

sil de la tierra, amainan velas, y por fin toman las disposiciones que debian preceder á nuestro desembarco. No obstante las rocas perpendiculares y escarpadas que guarnecian la ribera, no descubrian ninguna entrada. Un enorme peñasco parecia desgajarse sobre nosotros. En efecto da una vuelta el barco, se presenta una entrada estrecha y obscura, recibiéndole en una vasta concha cubierta é inaccesible á la vista.

No concebia que se pudiese hacer mansion en semejante retiro, que parecia terminar en un arrecife, cuando de repente se presenta en el lado opuesto una canoa que llevaba doce remos. La claridad que despedian algunas teas me permitió descubrir en el centro un canal subterráneo. Despues de haber desembarcado en el arrecife, bajamos en aquella canoa, y bogamos por bajo tier-

ra recorriendo muchos senos. Seguíase otro arrecife, en que desembarcamos segunda vez; y dando vuelta á algunas rocas, volvimos á encontrar el canal; emprendimos de nuevo la navegacion, y llegamos al cabo de una media hora á una puerta inmensa, que levantándose del fondo de las aguas hasta la bóveda cerraba exactamente todo el subterráneo.

Dió la señal un trompeta, y correspondieron desde dentro, y al punto como por encanto se abre aquella puerta, y al entrar, una viva claridad, hiriendo mis ojos, descubrió una enorme reja, que ocupaba todo el paso. Por entre sus enormes hierros diviso en unas excavaciones formadas en las dos riberas, un crecido número de salvages, mezclados con algunos europeos, vestidos de los mismos colores que aquellos;

unos armados, y otros con teas encendidas. Algunos de ellos vinieron en una barca á poner en movimiento una máquina, que alzando un rastrillo nos franqueó la entrada.

Habia varios cuerpos de guardia en las excavaciones interiores de derecha é izquierda. El canal que se extendia hasta perderse de vista, estaba iluminado con magnificencia, y se quemaban materias cuya combustion despedia el resplandor del dia. De distancia en distancia habia colocadas otras tres rejas como la primera, igualmente defendidas, y que nos ofrecian las mismas dificultades; y luego que pasamos la última nos hallamos en una grande concha semicircular, en donde ataron nuestro barco con otros muchos que alli se hallaban; en fin bajamos en un muelle igualmente iluminado.

Cubríale una multitud de expectadores, que desde lejos observamos muy bulliciosos y en grande movimiento; y al llegar á tierra quedaron en un silencio respetuoso, y en la mas fria inmovilidad. Tocó una trompeta, y sucesivamente se oyeron otras muchas á larga distancia. A esta señal se presentó un cuerpo de tropa que guarneció los muelles, y se puso en órden de batalla. Di una mirada al rededor, y noté un número considerable de calles iluminadas, que como otros tantos rayos venian á parar en aquel centro comun de luz, y por ellas circulaba un inmenso gentío.

El incógnito con que me habian puesto á caballo, parecia tener la autoridad mas absoluta en aquel lugar, daba las órdenes, y algunos gefes subalternos se le acercaron con respeto para recibir-

las. Les dijo algunas palabras que no comprendí, y al instante todos me hicieron una profunda reverencia: colocáronme en una magnífica narria, y con una guardia numerosa y brillante comitiva seguimos una calle espaciosa.

Por ambas aceras habia habitaciones formadas en la peña viva tambien iluminadas, y sus habitantes salian presurosos, y se inclinaban respetuosamente al pasar nosotros. Llegamos á una grande plaza en que se elevaba un magestuoso palacio resplandeciente con fuegos artificiales; atravesamos sucesivamente tres recintos cerrados con rejas defendidas militarmente. Por una grande escalera de mármol llegué, por entre dos hileras de salvages armados, á una magnífica sala, en donde salieron á recibirme muchas mugeres, que me digeron estar destinadas para mi servicio.

Confieso francamente que mi pesar é inquietud se adormecieron por unos instantes á la vista de aquellas maravillas. Como por otra parte no veia nada que me asustase, ni que me hiciese preveer intenciones siniestras, estimulada mi curiosidad por tan nuevas sensaciones, suspendió por algun tiempo todos los demas sentimientos. Aquel inmenso palacio construido en la roca, y cuyo mármol habia recibido el pulimento mas hermoso, no podia ser sino la obra de muchos siglos. No dudé ya que estaba en poder de Carvino, en adelante Don Francisco, y en el foco de su conspiracion.

Pero lo que mas me asombró fue hallar entre las mugeres que me rodeaban, una que parecia tener autoridad sobre las otras, la cual creí conocer; y en efecto habia sido camarera de una

amiga mia de Filadelfia. »¿Desde cuando, le pregunté, estais aqui?" — »Señora, estoy aqui seis meses, y únicamente me han obligado á venir, porque tenia el honor de conoceros." — »¿Quien os ha obligado, y con quien estais ahora?" — »Lo ignoramos, señora; aqui manda un caballero poderoso que jamas habiamos visto, y nos ha señalado el honroso destino de servir á su esposa que la estan aguardando, segun dicen, y con ella nos hemos de volver á Filadelfia."

La sala estaba decorada con esplendidez, y producia un efecto mágico, toda incrustada de cristal de roca, y los coquillages, ó mariscos, mas raros y mas brillantes, arreglados con arte, formaban adornos arabescos, y trofeos de un gusto exquisito. Sin dificultad se hubiese creido que aquella sala estaba

cubierta de diamantes, de esmeraldas, topacios y zafiros, de modo que deslumbraban la vista al mirarla. La embellecian los muebles mas ricos y elegantes; arañas de sobremesa de cristal con bugías perfumadas, que en su brillantez presentaban al vivo los colores del arco iris.

En una mesa cubierta de una bagilla de oro primorosamente cincelada, con las armas reales, que representaban una mano armada de un rayo con esta leyenda: *protejo*, *y castigo*, sirvieron la comida mas delicada, acompañada de una música deliciosa. Los perfumes mas exquisitos de la Arabia, quemados en braserillos de oro de la labor mas prolija, puestos sobre trébedes de cristal de roca, esparcian un olor suave que embalsamaba el aire. Cuatro criados vestidos con ricas li-

breas estaban encargados del servicio y cuidado de presentarme los platos. Tomé de prisa algunos alimentos de que mas necesitaba, y aunque extenuada de fatiga temia entregarme al descanso. Introdugéronme las que se decian *mis damas en un hermoso retrete*, cuya elegancia correspondia á la del primer aposento, y en que las luces, moderadas por gasas de colores, daban una claridad suave para conciliar el sueño. »Descansad, señora, me dijo Mistriss Fenn, que era entre aquellas mugeres la que habia yo conocido, y no tengais ningun recelo. Tenemos órden de velar alternativamente á vuestro lado; asi nadie tendrá la temeridad de acercarse á este lugar."

Alentada por estas palabras, y por la confianza que me inspiraba aquella muger, me retiré á tomar algun des-

canso, y aguardar á que pudiese informarme de mi suerte.

CAPÍTULO VI.

En el profundo silencio en que habia quedado todo, empezó mi imaginacion á reproducirme las trágicas escenas, y los extraños acontecimientos de aquel aciago dia. Combatida por tan encontrados afectos, ya me sumergia en amargo llanto por la pérdida lamentable, y desdichada suerte de personas tan amadas, y creyendo aun oir sus lastimeros ayes al espirar á manos de un esposo y de un padre, víctimas de su furor homicida, se despedazaba mi corazon; ya lanzaba las mas horrorosas imprecaciones contra el autor de tantas calamidades. Venganza y destruccion clamaba yo al cielo en aquel

momento; jamas, jamas podrá ese inexorable agente del averno expiar sus horrorosos crímenes. Pero, ¡oh Dios mio! tú sabes el verdadero móvil de sus acciones y vastos proyectos. Mi amor, mi solo amor, dice, que le ha impelido á emprenderlo todo, atropellando peligros, decoro, seguridad de su persona, esperanzas lisongeras, y hasta despreciar su vida; que no pudiendo preveer las circunstancias extraordinarias que sobrevinieron por un enlace de cosas que no estaban al alcance de la penetracion del hombre, los mejores deseos, los planes mas bien combinados, habian producido tan funestas consecuencias. Batallaba cruelmente conmigo misma, y en tan espantosa lucha de sentimientos, de odio, de ternura, de temor y de despecho, cuan distante estaba de mis ojos el sueño. Apenas

sirvió para entregarme á las fantasmas, ilusiones y sobresaltos de mi exaltada imaginacion. ¡Que noche! ¡Ella debió ser no menos terrible que el dia!

Al despertarme me asaltaron de nuevo mis reflexiones sobre el fin desgraciado de mi hermano, de que habia sido Don Francisco la causa involuntaria, solo por salvarme de su furor. Este hombre inconcebible me ofrecia el único recurso que me quedaba en mi desgracia; pero habia resuelto no ser jamas suya, y no tener parte con semejante enlace, en una conspiracion de que habian de ser incesantemente las víctimas mis compatriotas.

Pedí el ver á Carvino, y Mistriss Fenn me respondió que no le conocia. Le dige que queria hablar á Don Francisco; rogué entonces á Mistriss Fenn que avisara al que la habia llevado á

aquella mansion subterránea que viniera, y al punto salió á darle parte de mis designios. Muy pronto me anunciaron su llegada: presentóse, y apenas pude reconocerle con el elegante y magnífico trage portugues; acompañábanle dos hombres vestidos del mismo modo, pero no con tanta preciosidad.

Acercóse con respeto, y dándose á entender con mucha dificultad, me pidió mis órdenes. »No tengo, señor, ningunas que daros aqui; reclamo mi libertad, de la que nadie tenia derecho de privarme."— »Yo debo, señora, me dijo, suscribir á todos vuestros deseos menos á este; porque he de responder de vos con mi cabeza."— »Pues ¿quien sois vos, le dige, y quien manda aqui?"— »Yo soy Talcou, señora, cuyo nombre teneis ya conocido, y mando en ausencia de Don Francisco, an-

tiguo rey de Narea, actualmente soberano de toda la América septentrional; y que con efecto reina desde la bahía de Hudson hasta las embocaduras del Misisipi. Me honra con su confianza, no menos que con su amistad."—»¿Y quien le ha investido con esta soberanía?"—»Los indigenas, á quienes los ingleses han venido á invadir y usurpar una parte del territorio, y procuran hacerse dueños del restante. Pero el cielo es justo, y ha llegado el momento de la venganza; todas las tribus han reconocido á Don Francisco por su gefe y por su rey; á él han entregado y confiado el cuidado de vengarlos, restituyéndoles la posesion de una patria que aspiran cruelmente á quitarles."—»¿Donde está Don Francisco?"—»Le aguardamos por momentos y no tardará en parecer."—

»¿Cuàles son, pues, sus designios sobre mí?"— »No me es permitido, señora, penetrarlos; él mismo os los dirá, que yo solo puedo aseguraros su amor, rendimiento, y el vivo interes que toma por vuestro bienestar."

Como no le replicaba, preguntóme si tenia algunas órdenes que comunicarle, y que podia hacer para complacerme. Solamente le pedí que me hiciera dar aviso de la vuelta de D. Francisco, á quien deseaba con impaciencia ver y hablar. »Señora, me respondió Talcou, me consta que el primer cuidado de su magestad á su llegada, será pasar adonde esteis, y satisfacer vuestros deseos. Disimulad si otras atenciones urgentes, y que no pueden dilatarse, me fuerzan á dejaros; aunque vendré gustoso cuantas veces creais que os puedo ser útil. Entre tan-

to, estos dos caballerizos, que estan destinados á cuidar de vuestra persona, y que no se moverán de la pieza inmediata, estarán á vuestras órdenes, y se harán un deber sagrado en egecutarlas con toda puntualidad." Y se retiró con ellos inclinándose profundamente.

Despues de su partida me pareció observar que Mistriss Fenn, con pretexto de prevenir lo que necesitaba, no me dejaba un solo momento, y habiéndole preguntado la causa de esta vigilancia tan activa, confesó que habia recibido precepto formal de no perderme de vista. Fue menester tomar paciencia hasta el regreso de Don Francisco; y conociendo la bondad de su corazon, la elevacion de sus sentimientos, su generosidad sin límites, no desesperé de poder reducirle á que me

restituyera á mis hogares y amigos, debiendo estar convencido de la inutilidad de sus esfuerzos para alcanzar mi mano. ¿Y como habia de tener ánimo de exponerme á todos los peligros de la empresa que estaba preparando con tan formidable aparato? ¿Ni como habia yo de esperar que consintiese en mi vuelta á la colonia, en donde una indiscrecion podia desconcertarla para siempre? ¿Acaso estaba destinada á pasar mis tristes dias en aquellos espacios desconocidos? ¿Ya no volveria á ver mi patria, mi tio, á Pleyel, ni á mis amigos? ¿Que congeturas se habrian formado de mi ausencia? Tal vez seria el obgeto de la maledicencia que habria fraguado contra mí las mas negras calumnias; pero consolábame con la idea de que mi reputacion jamas habia sido mancillada por ninguna accion mia

indecorosa; siendo mi conducta irreprensible en público, y guiándome siempre por los principios rígidos del honor y de la virtud. ¿Que diligencias no habria practicado mi amado tio? ¿Que pensamientos no ocuparian el corazon de Pleyel? y ¿como ocultaria su pesar á su esposa, que sin duda le haria un delito de la mas ligera impresion de dolor ó de sensibilidad compasiva que le causara mi desgraciada desaparicion? Y ¿cual debia yo mostrarme con los que me tenian encerrada en aquellas guaridas subterráneas? Eran inaccesibles segun los muchos rodeos, puertas, rejas y lago por donde habiamos llegado. Pero D. Francisco siempre me hablaba de generosidad, de deseo de mi dicha, de querer conservarme como el único obgeto digno de su amor; y acaso solo aguardaba salir de

su empresa para coronar como héroe y vencedor mi constancia y fidelidad.

Me consolé, pues, con la esperanza de poder antes de poco dejar aquella caverna, y oí con bastante resignacion el regreso del hombre maravilloso que se habia hecho dueño absoluto de mi suerte. Presentóse uno de los caballerizos: »¿Gusta la señora, me dijo, mientras vuelve su magestad, recorrer esta ciudad subterránea, y observar sus maravillas?"—»No, le respondí, dejaré ese exámen para otro rato, pues ahora me ocupan otros cuidados. Pero decidme, ¿bajo que punto se halla colocada?"—»Señora, no me es permitido haceros esta explicacion, que ciertamente la recibireis exacta de su magestad; lo mas que puedo deciros, es que este retiro asombroso se prolonga á muy grande distancia, extendiéndo-

se en ramificaciones por debajo de muchas cordilleras de montañas. Fácilmente se perderia uno por estas inmensas excavaciones, si no estuviesen tan frecuentadas y habitadas como lo estan ahora, y si no se hubiera tomado la precaucion de hacer esculpir en la piedra las señas de los distintos cuarteles, de las calles, plazas y encrucijadas. La naturaleza sin duda ha bosquejado aquellas cavidades maravillosas; pero la mano del hombre evidentemente las ha perfeccionado. Está á la vista su trabajo en la formacion de este palacio, de otros muchos edificios, y de aquellas viviendas innumerables, todas las cuales se han abierto en la peña viva, y segun las reglas de la mas bella arquitectura (*a*).

(*a*) Si este subterráneo causa admira-

»Pero este trabajo inmenso no ha podido ser sino la obra de muchos si-

cion á algunos lectores, apelaremos á la historia. En ella se ven los troglodítas, antiguo pueblo de la Africa, que habitaba constantemente debajo de tierra; las cavernas de guanches: los inmensos subterráneos de Memfis y de Tebas, de que habla Plinio, y en estos últimos tiempos, sin contar la parte que tocaba á los sacerdotes, los reyes de Tebas podian juntar cerca de 300O combatientes. Les recordaremos tambien en nuestros dias las asombrosas minas de Suecia y de Polonia; entre otras la de Salseberit, á la cual se baja perpendicularmente en una máquina por espacio de mas de media hora. Se ven en ella una ciudad subterránea de plata, un pueblo numeroso en movimiento, fábricas, espectáculos, y aun molinos de viento movidos por corrientes de aire.

glos, y de muchas generaciones. Los mismos salvages no pueden dar ningun indicio sobre la época de la formacion de aquellas obscuras mansiones. Una tradicion del pais la hace subir á millares de años. El globo terrestre, guarnecido de sus principales montes y mares desde los principios de la creacion, ha experimentado despues muchas revoluciones que han ocasionado en él mudanzas muy considerables. Los fuegos subterráneos, los temblores de tierra y las aguas han podido producir tan maravillosas mudanzas, alteraciones y descubrimientos. Acaso este continente fue sumergido por el Océano en una de las varias inundaciones con que sucesivamente ha cubierto y descubierto todas las partes del globo. Pero del mismo modo que la Atlántida, que igualmente ha absorvido, y cuyo estado flo-

reciente y perfecta civilizacion estan confirmados; por otra tradicion, el continente de América antes de su sumersion pudo tener igualmente soberbias ciudades, palacios suntuosos, y una raza de hombres civilizados é instruidos, que llevasen las ciencias, las artes y la agricultura al mas alto punto de perfeccion; no dejando lugar de duda los perfectos edificios que encierran aquellas inmensas cavernas. Por otra parte el estado actual del continente de América prueba bastante su renovacion, hallándose impresas en aquel suelo las ruinas del mundo y su trastorno, y han sido menester siglos enteros para llegar al estado actual, en que la poblacion y el cultivo recientes anuncian un mundo nuevo, poco hace abandonado de las aguas; *en fin en él todo manifiesta á un mismo tiempo el*

sepulcro de la naturaleza, y la cuna de su infancia (*a*)."

CAPÍTULO VII.

Todavía estaba hablando el caballerizo que me hacia esta explicacion, cuando el bélico estruendo de instrumentos militares por las galerías de palacio, y un extraordinario bullicio anunciaron la llegada de D. Francisco. En efecto vino Talcou á avisarme, diciéndome: »Su magestad me envia, señora, para que os manifieste el deseo que tiene de venir á veros, y asi quiere saber la hora en que podrá presentarse."—»Es-

(*a*) Rainaldo, autor célebre, se ha servido de los mismos colores, para pintar como filósofo esta interesante parte del mundo.

toy pronta á recibir á D. Francisco, le respondí; y os pido tambien que le digais, que estoy impaciente por verle."—»Voy, señora, á darle vuestra respuesta, y sin duda no tardará en entrar."

Pasados algunos minutos ábrense las puertas, y se presenta una comitiva brillante y numerosa, que se fue colocando en semicírculo; y se adelanta magestuosamente en medio un personage vestido con la mayor magnificencia. Buscaba á D. Francisco, y no le descubria, cuando acercándose adonde yo estaba, reconozco con admiracion á Carvino. Sus vestidos humildes y groseros se habian mudado en el trage mas rico y elegante; aquel porte tan sin gracia era gallardo y respetable; aquel andar pesado y negligente era noble y magestuoso; aquella fisonomía extravagan-

te era la misma; pero tenia otra expresion, otro carácter propio de la dignidad que figuraba, infundiendo admiracion y respeto; agobiado entonces, y adusto de semblante, mostraba tener mas de cincuenta años, y ahora solo parecia de cuarenta.

Su gallarda presencia estaba realzada por el trage español azul celeste, con los cortes y capa de carmesí bordados de pedrería. Un sombrero alzado con una presilla de diamantes entre hermosas plumas, y ceñido por una brillante diadema cubria su cabeza respetable, que estaba despejada de la cabellera postiza que tanto tiempo la habia desfigurado. Era evidente que habia empleado entonces el talento que poseia de mudar las facciones, porque habia desaparecido todo lo disforme y asqueroso, hasta su tez denegrida. U-

nos ojos llenos de fuego y expresion, una fisonomía animada, una frente altiva, una boca agraciada, los mas hermosos dientes, la sonrisa mas atractiva, esparcian por toda su persona un hechizo inexplicable. A la verdad, poniendo mucha atencion hallaba á Carvino en D. Francisco; pero la metamórfosis era maravillosa, y atónita fluctuaba yo en creer si aquel hombre que tenia delante era el mismo que habia visto en otro tiempo en Metingen.

»Señora, me dijo, he querido presentarme aqui en medio de toda mi corte; recibid sus homenages mientras que la América entera reconoce su soberanía. No está lejos el momento en que con el mayor júbilo aplaudirá á la esposa que me he escogido, siendo la única que puede dar algun valor al trono á que yo la destino. Por grandes

que sean los atractivos y gracias de vuestra persona, declaro que solo vuestras virtudes y vuestro talento han decidido mi eleccion. Olvidad vuestras desgracias; el amor de un esposo, el respeto y adhesion de esta parte del mundo espero que podrán consolaros de cuanto habeis perdido."

Hizo una señal, y se salieron todos inclinándose profundamente antes que pudiese responderle, y se colocó á mi lado; pero advirtiendo algun desasosiego en mí por hallarme sola con él: »Sosegaos, Clara, me dijo, estais conmigo del todo segura; si fuera capaz de emprender alguna cosa que pudiese asustaros, ciertamente ni os hubiese hecho conducir aqui, ni os hubiera dado á conocer mis mas secretos sentimientos."— »¡Ah! D. Francisco, os creo ahora incapaz de ofender mi delicadeza; mas

¿como os justificareis de haberme quitado mi libertad?" — »¡Perdonadme, Clara! Pero obligado á huir, ¿podria dejaros á la horrorosa vista de un hermano que acababa de darse de puñaladas? ¿Podia abandonaros á vuestra desesperacion, y exponerme yo mismo á perderos para siempre? Debia partir en el momento; no podia sobrevivir á esta separacion, y vuestro rapto estaba decretado tan irrevocablemente, que solo se aguardaba vuestra primera salida, y aquella misma noche se hubiera penetrado en vuestra casa para arrebataros y conduciros aqui."—»¿Como habeis podido lisongearos que captariais mi aficion empleando la violencia?"— »Clara, ya no es tiempo de ocultaros nada, solo el deseo de vuestra conservacion ha podido llevarme á abrazar este partido. Vuestra mansion aqui os

ha convencido, de que lejos de haber abandonado mis antiguos proyectos estan para realizarse. Ya estoy reinando sobre todos los indigenas de estas vastas comarcas; ya soy soberano de América, por eleccion libre de todas las tribus que la pueblan. Solo me queda ponerlos en libertad y vengarlos, precipitando en el mar á sus opresores, que debieron respetar estas riberas; y dentro de ocho dias la América habrá sacudido felizmente su yugo. Ahora, pues, Clara, ¿he podido dejaros en medio de la colonia expuesta á todos los peligros de la guerra? Aqui, aqui á mi lado, libre de sustos y de zozobras, vais á observar esta lucha sangrienta, cuyo resultado ha de sumirme en la tumba, ó eternizar mi gloria. Yo no quiero en adelante existir sino para vos. ¡Ah! Clara, consentid en ser mia, admitid

mi fe y mi corazon. Abjuro á vuestros pies todos mis errores; guiado por vos, por vuestros egemplos y consejos, no quiero vivir sino para repararlos. Vuestro consentimiento reanimará mi valor y mis fuerzas, excitará mi entusiasmo, y ufano con el título de esposo vuestro veré seguro la victoria."—»D. Francisco, le respondí, estoy agradecida á la inclinacion que me mostrais, y á la preferencia con que me ofreceis vuestra mano, vuestra persona, y aun vuestra vida; mas no puedo aceptar, ni menos corresponder á tanto rendimiento, y á tamaños sacrificios. En la situacion que me habeis preparado con tanto artificio, acaso lisongearian á otra su amor propio todas esas risueñas perspectivas que hermoseais á vuestro gusto; pero á mí que conozco lo fecunda que es vuestra imaginacion en ardides é in-

trigas deben ellas hacerme temer, ó á lo menos desconfiar de vuestro rendimiento y sumision. ¿Podeis acaso esperar que habiendo permanecido constante en mis principios de honor y de virtud en medio de las calamidades y del abandono, me doblaria fácilmente á los halagos de unos bienes inciertos, y de vuestras ofertas? Con los elogios que me habeis prodigado en presencia de vuestra numerosa corte, no habeis hecho, D. Francisco, sino aumentar mi sobresalto, y confirmar mi resolucion de jamas daros la menor esperanza de obtener mi consentimiento. No es en la opresion en donde debierais proponeros lograr mi confianza, ni es la adulacion ni la lisonja la que jamas me inclinará á una condescendencia que no sabria perdonarme; nada, nada me apartará de mi resolucion. Sean puros

vuestros sentimientos, sea vuestra pasion verdadera y heroica, hayais sido la causa involuntaria de las desgracias y ruina de toda mi familia; todo lo concedo, todo os lo perdono; pero desistid de vuestro designio; yo no puedo amaros, mi corazon lo repugna abiertamente; no, yo jamas, jamas seré vuestra." — »¡Cielo! ¡que decis! exclamó acalorado: ¡ah! ¡revocad esa sentencia! ¿Que hombre os merece mejor que yo? ¿el amor mas puro, el deseo de haceros feliz.... la constancia....?" — »Jamas, D. Francisco, seré de nadie; jamas consentiré que ningun hombre una su suerte, sea el inseparable compañero de una desventurada, que no puede ofrecerle sino lágrimas; que víctima del infortunio no le quedan mas que algunos instantes de una existencia que quiere consagrar á las

fúnebres memorias que despedazan su corazon."— »¡Ah! ¡Clara, apartad tan funestos pensamientos! Algunos años de dicha borrarán esas dolorosas impresiones, y les sucederán dias bonancibles de tranquilidad y de alegría. El llanto no ha de ser eterno; no está lejos el dia en que confundidos los enemigos de la libertad de estos colonos, renacerá en este suelo la paz y la abundancia. Yo seré el libertador, y los habitantes de estos dichosos paises nos bendecirán como á sus bienhechores, seremos su consuelo, nos deberán la dicha que desfrutarán entonces; y reinando en los corazones de todos, nos podremos llamar en verdad los padres de estos pueblos. Dedicado yo á cicatrizar las heridas que os dejó el infortunio, haré sucederse los placeres y diversiones, os proporcionaré medios de desahogar

vuestra beneficencia y vuestra generosidad, mientras que yo me ocuparé incesantemente en la felicidad de mi reino." — »Abrid los ojos, D. Francisco, disipad vuestra ilusion; yo no soy ya aquella muger que os cautivó á vuestra llegada á este pais; vedme tal cual soy, y no cual he sido; temed un prestigio que al disiparse no os dejaria sino disgustos. ¡Oh, no! yo no soy la muger que podeis asociar á vuestra arriesgada empresa; no me siento con la fuerza para tomar parte en sus peligros ni en su gloria; ¿acaso estais seguro de la legitimidad de vuestras pretensiones? ¿podeis justificar en vuestra conciencia la mortandad y horrores que van á acompañarla? D. Francisco, yo no puedo ser vuestra; dejadme en la soledad y en el olvido; vos me habeis prometido concederme cuanto os

pidiera; restituidme, pues, á la colonia y á los amigos que me quedan. Sabeis que iba á dejar la América; no os opongais á mi partida, esta es la única gracia que solicito, y que espero me concedais."

Se arrojó á mis pies, derramó amargas y copiosas lágrimas. »¡Que será de mi, Clara, exclamó desesperado, si me abandonais! ¡si colocado incesantemente en la cima de las grandezas pierdo la sola guia que puede preservarme de nuevos extravíos! ¡Ah! ¡quedaos conmigo! ¡Sed la reguladora de todas mis acciones, y siempre irán encaminadas á la virtud! ¿El esplendor de un trono ha deslumbrado vuestros ojos? Pues bien, yo le renuncio. Fiel á mis promesas saco de la opresion á los habitantes de estas comarcas, y obligo á los orgullosos isleños que las dominan,

á que vuelvan á pasar los mares. Simple particular acompaño á Clara al retiro mas modesto, y alli la dicha de ser su esposo me remplazará cuanto haya perdido." — »D. Francisco, siento el afligiros; pero haciendo los mas sinceros votos por vuestra felicidad, renuevo el juramento de jamas ser vuestra esposa, y jamas le quebrantaré."

La energía y resolucion con que pronuncié estas palabras acabaron de convencerle de la inutilidad de sus esfuerzos. »No insisto mas, me dijo con dolor, dentro de ocho dias saldré triunfante, ó habré dejado de existir. Asi, Clara, permaneced conmigo hasta el éxito de este importante acontecimiento; vuestra seguridad lo exige. Si salgo vencedor, depongo á vuestros pies la diadema; y juro por mi parte, que si persistis en rehusarla, aunque me cues-

te la vida, sereis libre de retiraros á Europa, y yo mismo os facilitaré los medios."—"¿Y mis amigos, D. Francisco, van, pues, á quedar expuestos á todo el furor de los salvages? ¡Ah! salvadlos, os lo ruego."—"Sosegaos, Clara, me he anticipado á vuestros deseos; aquellos á quienes estais unida por los vínculos de sangre ó de amistad, sin exceptuar al mismo señor Hallet, de quien tengo tanto de que quejarme, serán respetados, y tambien sus propiedades; pues todos ellos han adquirido por vos un derecho muy sagrado á mi benevolencia. Asi esta conducta y esta diferencia puedan moveros, y merecerme por fin la sola recompensa que yo anhelo." Me sentí conmovida hasta derramar lágrimas, y jamas D. Francisco habia sido mas peligroso para mí, que en aquel momen-

to en que salvaba á mis amigos. Terminó asi: »Mañana los gefes de todas las hordas, establecidas desde el Labrador hasta la Florida, se congregarán aqui para tomar mis últimas órdenes. Los yelos acaban de coger esta mañana nuestros canales, nuestros rios y lagos; y estableciendo comunicaciones van á permitirnos caer de improviso sobre nuestros enemigos, y evitar todos los puntos fortificados que nos impiden acercarnos. El dia del novilunio es la época señalada para nuestro ataque. A Dios, Clara, os dejo para que os entregueis al reposo; las críticas circunstancias me exigen una incesante vigilancia, de ella depende el buen éxito. Entre tanto mandareis aqui como soberana; pues en esta consideracion todos estan dispuestos á obedeceros."

Besóme respetuosamente la mano, y

dando un suspiro se retiró. Reflexionando yo entonces sobre el aparato solemne con que se me habia presentado, la eficacia y elocuencia con que quiso ganarme la voluntad, y acaso deslumbrarme con sus elogios y promesas, y lo desconcertado que precisamente le dejó mi constante resistencia, hallé que era preciso aguardar aquella lucha terrible, y no apartarme de los principios de moderacion, y prudencia que me habian conducido hasta entonces, y que solo podrian salvar mi inocencia.

CAPÍTULO VIII.

Habiendo renovado la resolucion de no ceder á las instancias y tentativas de cualquier género que emplease Don Francisco para inclinar mi voluntad, ó para seducirme, cedí al cansancio que

me oprimia, y procuré conciliar el sueño. Pero este de ordinario se niega de acudir á los infelices que mas necesitan de sus dulces encantos. Quisiera por unos momentos sepultar mis penas y cuidados en su sabroso olvido, pero no me concedió algun reposo, sino para reproducirme con mas viveza las tristes ideas y amargas reflexiones que me habian ocupado desde que me hallaba en aquellos subterráneos. Ni menos angustiada, me desperté por la mañana presintiendo las nuevas desgracias que debian seguirse á tan temeraria empresa. No obstante pasé una parte del dia en visitar el palacio, ofreciéndome á cada paso un nuevo obgeto de admiracion. Parecia increible que las entrañas de la tierra encerrasen un palacio decorado con tanta esplendidez y elegancia, y sobre todo me deslumbraron

la magnificencia, riqueza y gusto exquisito que distinguian los aposentos de D. Francisco, el que me hizo los honores con tanta gracia como nobleza. Hácia la noche vino Talcou á convidarme en su nombre á asistir á la conferencia general. No pude resistir al deseo de presenciarla, ni al interes que me inspiraba cuanto tenia alguna relacion con el desenlace que se preparaba.

Me condugeron á un vasto circo contiguo al palacio. Algunos festones y pirámides de fuegos despedian una viva claridad sobre todo el edificio. ¿Cual fue mi sorpresa al hallar alli congregados, y puestos en gradas elevadas en forma de anfiteatro, millares de salvages divididos en las tribus, que representaban teniendo á su frente los gefes? Alli se hallaban reunidos los es-

quimales del pais del Labrador, los abenaquis, los chaucotimis y otras tribus que pueblan ambas riberas del rio San Lorenzo, y que habitan las cercanías de la bahía de Hudson. Seguíanse á estos los ontagamis de las inmediaciones del lago superior, los iroqueses, los hurones, los algonguines, que confinan con los lagos Erie y Ontario; los cheraquees, que rodean las altas montañas de los Apalaches; los chicasaus, los chactas, que pueblan la Luisiana; los ilenenses, establecidos en las orillas del Misisipi, y hasta los sioxs y paducas, que dependen del nuevo Mégico.

D. Francisco en vestiduras reales, brillante en pedrerías, la frente ceñida de una soberbia diadema, ocupaba un trono magnífico; estaba tan relumbrante que apenas se podia poner en él la vista. Talcou estaba sentado á los pies

del trono, y delante una mesa que presentaba agrupadas las armas de Don Francisco. Colocáronme á su derecha en una galería adornada, desde donde podia verlo y oirlo todo.

Jamas habia visto cosa mas grandiosa como el golpe de vista que ofrecia aquella reunion formidable de salvages, que llevaban las cabezas cubiertas de plumas de la mas rara hermosura, capas de las mas ricas pieles; el cuello, los brazos y las piernas adornados de conchas matizadas; tenian el arco al hombro, la azagais en la mano, y llevaban en su cintura la terrible macana ó *tomihauc*: su estatura tenia las mas bellas proporciones, el egercicio de la caza, y los peligros de la guerra, les daba un aire feroz, y á fin de hacer su aspecto mas terrible en su piel bronceada, teñida de un rojo obscuro, es-

taban sajadas las figuras mas extravagantes. Considerándolos atentamente se veia la naturaleza en todo su vigor y aspereza. Aquellos salvages estan dotados de una penetracion y una sagacidad asombrosa; su lenguage está lleno de expresion, de imágenes y de energía, y en los mas bellos dias de Roma ningun orador acaso alcanzó jamas la perfeccion de su elocuencia natural.

Hizo D. Francisco una señal, y los gefes de cada tribu se adelantaron en órden, y colocándose en semicírculo se inclinaron profundamente. Entonces tomó la palabra: »Americanos, que me habeis elegido por soberano vuestro, llega el momento en que voy á convenceros que era acreedor á esta preferencia. Antes que la luna alumbre de nuevo aquellas comarcas, habré cumplido mi promesa triunfando de vues-

tros usurpadores, y auxiliado por vuestro valor los rechazaré mas allá de los mares.

»Vuestra causa es la que voy á defender, sé que puedo contar con vos, y á ella consagraré mi sangre y mi vida. Olvidad vuestra antigua manera de pelear; no se trata aqui de una sorpresa ó de un ataqne parcial, se necesita una lucha porfiada, y que será preciso sostener hasta que el último de vuestros enemigos haya mordido el polvo. Mas para asegurar el éxito no basta aquella temeridad ciega, aquel arrojo impetuoso, que hace vuestro ataque tan terrible; es menester que no os detenga ningun estorbo, ni que os arredre ninguna resistencia. ¡Hombre de la naturaleza! acordaos de que la naturaleza no retrogada jamas; aprended, pues, como ella, á no retroceder. Vosotros

no temeis la muerte, sabeis aun arrostrarla en los tormentos; cuando los azares de la guerra os hacen caer en las manos de vuestros enemigos, lejos de que los tormentos os arranquen un suspiro, provocais á vuestros verdugos con cantares, los excitais con burlas, los fatigais con vuestra constancia heroica. Sed los mismos en los combates; conservad la misma tenacidad, el mismo desprecio de la muerte. Exactos observadores de la disciplina que os he enseñado, no olvideis que la insubordinacion acarrea el desórden, y el desórden conduce á una vergonzosa ruina. Llevad á vuestras tribus las últimas órdenes que vais á recibir, y que sean exactos en observarlas. Que á la hora y dia señalados tomen las armas, y acudan á los puntos indicados, en donde hallarán gefes capaces de comandar-

los y de dirigirlos, de manera que cooperen al vasto plan que he trazado, y cuya egecucion sostendré á vuestra frente. Que el grande Espíritu proteja nuestra empresa, y nos conceda la victoria."

Cuando D. Francisco acabó de hablar, uno de los gefes que hacia las funciones de intérprete, repitió este discurso á aquel congreso numeroso con voz fuerte y sonora. Cuando hubo terminado inclináronse todos llevando la mano al corazon en señal de sumision y respeto, y al enderezarse dieron un espantoso grito de guerra segun costumbre entre ellos, y que me sobresaltó, helándome de espanto.

El mismo gefe tomó en seguida la palabra, y dirigiéndose á D. Francisco: »Soberano, le dijo, te hemos elegido por nuestro gefe supremo, te hemos

puesto al frente de nosotros, hemos puesto en ti nuestra confianza, porque sabemos que eres digno de ella; te hemos prometido amor, rendimiento y obediencia, y cumpliremos nuestra promesa. Tú eres europeo, pero tienes el corazon y las virtudes de los que los europeos llaman salvages. ¡Hombre generoso! ¡tú has gemido sobre nuestra opresion, y has jurado emplear tus luces y talentos en nuestra restauracion y libertad! Nosotros corresponderemos con nuestra sumision, y con todo género de sacrificios á los esfuerzos que vas á hacer, y á los peligros á que vas á exponerte por nosotros. Sí; somos los hombres de la naturaleza, y lo probaremos con nuestro valor y nuestro reconocimiento.

»Tú nos recuerdas al buen Pen, que vivirá indeleble en nuestra gratitud,

y que como tú nos amó, y le tuvimos en lugar de padre. Tuvo la generosidad y grandeza de alma de tratar con nosotros por unas donaciones que su rey le habia hecho en este pais, que no era suyo; como tú fue justo y bueno; como tú nos consoló de todo el mal que nos hicieron tus semejantes; como él, pues, puedes tambien contar con nuestros brazos y nuestros corazones. Otros europeos pérfidos vinieron á despojarnos, á arrojarnos de las orillas del mar, y expelernos hasta mas allá de nuestros grandes lagos. Quisimos defender nuestra patria, la de nuestros padres, y se nos ha exterminado á fuego y sangre con la mayor ferocidad. ¡Oh Rey! ¡tú vas á vengar á este pueblo que has adoptado, que solo halla esperanza en ti, y que sabrá serte fiel constantemente! Los huesos de nuestros herma-

nos que han perecido defendiendo sus hogares, estan aun descubiertos, y claman venganza; no se sepultaran antes que hayan sido vengados. Vamos á armar nuestros arcos, á afilar las puntas de nuestros venablos, y los filos de nuestras macanas. Vamos á entonar los cánticos de guerra, y combatir bajo tus órdenes hasta anonadar á nuestros enemigos. Que el grande Espíritu proteja tus esfuerzos en favor de nuestra sagrada causa, que te conceda la victoria, y que la desfrutes por tantos años como merecen tus filantrópicas virtudes."

Luego que el gefe hubo hablado, los salvages entonaron el cántico guerrero moviendo sus armas. Su aire amenazador, sus ojos centelleantes, y sus gestos animados me hicieron estremecer de temor, sucediendo á aquellos cánticos el mayor silencio. Bajó entonces

D. Francisco del trono, me hizo una inclinacion de respeto, y entró á su cuarto. Talcou hizo adelantar á los gefes de cada tribu, para darles las órdenes y explicarles las instrucciones de su rey. Se disolvió el congreso; una parte de los salvages volvió á sus hogares, la otra permaneció para la seguridad de D. Francisco, que independiente de su guardia, de su corte y de su casa, tenia siempre por los subterráneos un cuerpo de diez mil hombres, con los cuales hubiera podido defenderse contra todas las fuerzas de la colonia.

Al volver á mi aposento por una galería, oí muy distintamente que pronunciaban el nombre de Pleyel. Sumamente admirada, no pude impedirme de preguntar al que acababa de hablar: por qué habia nombrado á aquel sugeto, y qué noticias tenia.

»Señora, me respondió, un sugeto que lleva este nombre, habiendo sorprendido y descubierto el santo y seña, dicen que acaba de introducirse aqui furtivamente. Se le ha prendido y...." Este hombre no pudo decir mas, porque Talcou que me acompañaba le hizo apartar; y acerca de este acontecimiento quedé en la mas cruel incertidumbre. Atormentada de las mas tristes congeturas sobre la suerte de aquel amigo generoso, que evidentemente se habia sacrificado por mí, proseguia mi direccion por entre dos filas de guardias, cuando uno de ellos haciéndome una seña, me puso con disimulo una carta en la mano. Entro en mi cuarto, despaché á todos, abro la carta, y leo lo que sigue:

»Clara, ignoro si tendré la dicha de llegar á vuestra presencia, pero antes

de emprenderlo escribo á la ventura algunas líneas, con la esperanza de que si penetro hasta los lugares adonde os han conducido, acaso me será fácil que lleguen á vuestras manos. Despues de vuestro robo ha pasado lo siguiente.

»Advertido de vuestra próxima partida, con el fin de deciros el último á Dios, habia pasado á casa de la señora Bainton, á la cual hablé, asi como á vuestro tio, al señor Hallet, y á todos los amigos, asustados por vuestra ausencia. Monto á caballo persuadido de que habiais ido por la última vez á Metingen. Al pasar por la quinta de Vieland, en donde os habiais detenido, supe que en efecto estabais sola en casa. Pico ambas espuelas al caballo, y oigo de lejos muchos silbidos que me asustaron; acelero mas la carrera, y al acercarme á la balaustrada, veo partir

á todo galope muchos hombres á caballo, de los cuales el uno me pareció en la obscuridad llevaba una muger.

»No dudé ya que os hubiesen robado, y me puse en seguimiento de los raptores, que por varias veces perdí de vista, tanto á causa de la obscuridad como de la distancia, en que la prudencia me obligaba contenerme. Siendo solo no podia emprender nada para libraros, y me debia reducir á seguir observando. Hácia el amanecer oí que aquellos incógnitos bajaban por la orilla de un lago, donde entregaron los caballos á algunos salvages, y se embarcaron. Precisado á abandonaros, seguí á estos por los bosques, en donde soltaron los caballos, y se entraron en una especie de gruta. Me escondí para observar, y para aprovecharme de las circunstancias. Poco despues, uno de

aquellos salvages se adelantaba por el lado en donde yo me habia puesto, y tuve la idea feliz de dejarle acercar. Con un aire de autoridad le mandé que montase, y me siguiera. Tomándome seguramente al parecer por uno de los transfugos, á cuyo servicio estaba destinado, me obedeció con prontitud, y me siguió. Antes del fin del dia llegamos á casa de un colono que vivia en los confines de la colonia. Vacilaba en entrar; pero le determiné un grito imperioso: estaba temblando de que no entendiese el ingles, ó que fingiese no entenderle; y ¡cual fue mi gozo al advertir que me comprendia perfectamente! Quiso escarparse luego que reconoció que yo no era de los suyos, pero le hice prender. Entonces, aunque con muchas dificultades, y empleando las amenazas y los regalos, conseguí arran-

carle el secreto de vuestro retiro, y acabó por entregarme las palabras de contraseña, que podian facilitarme la entrada.

»Por este medio vengo, Clara, á vuestro socorro; os salvo, ó perezco con vos. Llevo conmigo esta carta para la primera ocasion que se presente. Voy á servirme de los salvages que he dejado en el bosque, para penetrar hasta donde os halleis.

»Si no supiera que Carvino ha partido, y lejos de América, le creeria autor de vuestro robo, y os creeria en sus manos; pero quedan aun agentes suyos, y ha podido dejarles órdenes, que en tal caso las egecutarán con mucha exactitud. Ignoro, pues, todavía con quien estais, y lo que puedo hacer para salvaros; pero estoy decidido á todo por no dejaros perecer ó sufrir. ¡Ah!

Clara, ¡asi pueda yo borrar con el sacrificio de mi vida las injusticias que he cometido, y que tan generosamente me habeis perdonado!"

La lectura de esta carta me causó un estremecimiento increible. Despues de haberse expuesto Pleyel á todo por socorrerme, habia sido descubierto y preso, y me hacia temblar el peligro en que miraba su vida. Me decidí á emplear toda mi influencia para salvarle, y para impedir que fuese víctima de su generosa conducta.

Iba á enviar á pedir á D. Francisco que me concediese una audiencia, cuando me avisaron que entraba; y al acercarse, le adverti un ademan inquieto y preocupado. »D. Francisco, le dige, estaba pensando en pediros una conferencia. Sé que Pleyel, llevado por el solo deseo de serme útil, se ha intro-

ducido aqui, y le han prendido."— »¿De donde lo sabeis? me preguntó con extrañeza y seriedad."—»Estoy informada por esta carta."—»¿De quien la habeis recibido?"—»Lo ignoro; pero Pleyel está en seguridad, y nada debo temer." D. Francisco me lanzó una mirada de enojo. »¡En nombre del cielo! exclamé juntando las manos; ¡en el nombre del cielo, D. Francisco, sosegadme! ¡Es un amigo generoso, que por mí se ha sacrificado!" Corrieron las lágrimas de mis ojos, y le desarmó mi dolor. Tomó mi mano: »Sosegaos, Clara, me dijo con una sonrisa bondadosa; sosegaos por la suerte de mi imprudente rival. ¡Ah! ¡que no daria yo por inspiraros un interes semejante! He debido asegurarme de él, temiéndolo todo de las consecuencias de su temeridad. Cualesquier otro que fuese paga-

ria con su cabeza; pero se ha dedicado y expuesto por serviros, y este título basta para hallarme propicio antes de vuestra mediacion."—»¿No podria verle y consolarle?"—»¡Ah! Clara, me dijo con dolor, ¿que os atreveis pedirme? Sin duda me intereso por los que os estiman, y los aprecio; ¿pero habeis podido creerme capaz de acercaros á un rival, y á un rival preferido? Olvidad que ha sido vuestro amante, y pensad que es el esposo de otra muger; no reanimeis unas pasiones terribles, que por vos sola he aprendido á vencer, y que en Pleyel no vea mas que vuestro amigo. A este título acabo de ver, y hablarle; no solo le he tranquilizado, sino que le he prometido la libertad. Yo no le he ocultado ni mis proyectos, ni mis miras respeto á vos, he llevado la condescendencia hasta pedirle la lis-

ta de las personas de su conocimiento que le interesan en la colonia, á fin que pueda excusarles las desgracias inseparables de la revolucion que se está preparando. Me he guardado de ofrecerle empleos distinguidos, que indefectiblemente hubiera rehusado; pero le aseguro, que despues del éxito, aun los podrá escoger sin los riesgos de ahora. Por lo demas no tengais ninguna inquietud, que nada le falta; se le trata con toda la blandura y atencion posibles; y para probaros cuan dichoso me juzgo en hacer, sin perjudicar mis intenciones filantrópicas, todo lo que puede seros agradable, os permito escribirle y confirmarle cuanto le he ofrecido. Sin embargo no debo ocultaros que Pleyel, lejos de manifestarse sensible á estos procedimientos generosos, se ha permitido un lenguage tan ofen-

sivo, que al punto le hubiese castigado, á no determe vuestra consideracion.... ¡Ah! Clara, él os ama sin esperanza; os ha perdido, es bastante desgraciado. Asi me pongo en su lugar, y le perdono."

Conmovida de la conducta noble de D. Francisco, le tributé rendidas gracias por su bondad é indulgencia; pero siempre indecisa respeto á su empresa, formé los votos mas ardientes por ver llegar el instante del desenlace que debia restituirme á la libertad.

Entró Talcou, dijo algo al oido á D. Francisco, el que se despidió exhortándome á la paciencia, y suplicándome que tuviese consideracion á lo que hacia por mí. Luego que hubo salido, me aproveché del permiso que me habia concedido para escribir á Pleyel; y se le entregó mi carta, porque reci-

bí su respuesta, en la cual expresaba sus sentimientos de poder hablarme, y gozo de saber que me trataban con respeto, y que me encontraba cuanto bien podia estar en una semejante situacion.

Pasáronse dos dias, en los cuales continuamos en escribirnos y consolarnos. Durante este tiempo vi muy poco á D. Francisco, y sus visitas eran muy cortas, excusándose en las circunstancias imperiosas que ocupaban todos sus momentos. Todo anunciaba que se acercaba el instante crítico; de hora en hora indicaba el señal ordinario la llegada y partida de algunos personages interesantes. Un movimiento y agitacion considerables presagiaban la próxima crisis, y no podia dejar de estremecerme al pensar en el resultado.

CAPÍTULO IX.

A los tres dias que habia llegado Pleyel, y en el momento que acababa de levantarme, resonaron por todas partes las cajas y trompetas, la señal de alarma de una campana tañida arrebatadamente, y voces tumultuosas.

Todos corrian, hablábanse azorados, y tomaban las armas, reinando por todas partes la inquietud y el desórden. ¿Que novedad seria aquella? ¿Luego era llegada la época en que D. Francisco debia realizar sus proyectos, y atacar la colonia? Pero en tal caso debia hacerse aquel movimiento sin desórden y sin tumulto. Desde la galería de mi aposento observaba aquella revolucion extraordinaria, cuando entró Talcou armado, y me dice: »Pleyel

nos ha perdido, señora, con dar conocimiento de este retiro antes de entrar. Nos atacan, y vengo de parte de su magestad, que harto siente no poder personalmente atender á vuestra seguridad; y me ha encargado os diga, que si sucumbe, sereis vos el obgeto de su último pensamiento."

Dirigió algunas palabras á uno de mis caballerizos en su lengua, y me dejó repentinamente, advirtiéndome que siguiese á aquel hombre sin ningun temor, y que luego estaria fuera de peligro."

¡Pobre Pleyel! exclamé, ¡tú eres el obgeto del resentimiento de D. Francisco! y esta idea me hacia temblar. Me aventuré á preguntarle al escudero, y me respondió con rabia que se le habia buscado por todas partes á aquel pérfido para darle de puñaladas;

pero que aprovechándose de la libertad que D. Francisco le habia concedido tan generosamente, se habia escondido, y que ignoraba si se le habia pillado, cuya incertidumbre me era horrible. Se oia ya el estrépito de la fusilería, y no habia que perder un momento para evitar el hallarme en medio de la mortandad. Tomé el brazo del caballerizo, y adelantamos por el interior del palacio, precedidos de un criado que nos alumbraba con una hacha. Hallamos las salidas tomadas por una multitud de hombres que se ordenaban en batalla. Divisé á D. Francisco, que atravesando la pieza en donde yo estaba, salia del palacio para ponerse á su frente. Parecióme uno de los héroes de la antigüedad, y el mismo Aquiles no fuera mas gallardo ni formidable. Acercóse rápidamente, lle-

vó mi mano á su corazon, y desapareció.... ¡Ah! debo confesarlo, el mio late todavía en este momento al recordarlo.

Bajamos por una escalera de ojo que daba á una galería, que se extendia por debajo del palacio. La seguimos oyendo siempre el mas espantoso estruendo encima de nuestras cabezas. Recorrimos asi un segundo subterráneo, y llegamos enfrente de otra escalera, que subimos para volver á entrar en el subterráneo de donde habiamos salido.

Esta parte estaba iluminada, y segun las apariencias estábamos á alguguna distancia del fuego; pero hallábamos algunos salvages armados que se encaminaban á la accion, y mi conductor, temiendo que la muchedumbre nos llevase consigo, y que no pudiése-

mos llegar al lugar adonde queria conducirme, se arrojó súbitamente por una calle de árboles, obscura y angosta, que seguimos aceleradamente.

Crecia el bullicio, y de cada instante se oia mas cerca; el estruendo de la artillería y fusilería se confundia con los gritos de los combatientes, resonando de tal manera por todas aquellas cavernas que parecian desplomarse, y que la tierra se conmovia hasta los cimientos. Amedrentada sobre toda ponderacion, asi como mi conductor, avanzamos sin aliento y en silencio, cuando la explosion mas espantosa, y la mas terrible detonacion nos hizo creer que el mundo iba á reducirse á pavesas, habiendo llegado el instante de una destruccion general. Hundióse cuanto me rodeaba, y oprimiendo á los que me acompañaban, quedé cogida entre al-

gunos peñascos, sin que me tocasen, quedando como sola en el mundo.

Un espantoso silencio sucedió á aquel horrible trastorno; perdí mis sentidos; ignoro cuanto tiempo permanecí de aquella manera; mas al recobrar mi conocimiento, puse oido, y no oí sino los postreros gemidos de los que habian quedado sepultados á mi lado. Quise probar á salir, pero por todas partes estaba cercada de peñascos amontonados los unos sobre los otros que tapaban el paso, y me cerraban la vuelta al mundo.

¡Cual quedé al verme asi enterrada viva en las entrañas de la tierra, y condenada á morir de hambre y de desesperacion! ¡Despues de haber agotado la copa de la desgracia, habia de perecer tan miserablemente! Mi último momento es llegado: ¡ah! mi querido, mi

buen padre murió desgraciadamente en los sobresaltos de su imaginacion, y su muerte ha quedado un enigma indisoluble; la amable Catalina, los niños, que eran los dulces obgetos de mi cariño, murieron inocentes á manos de un esposo y de un padre que los amaba; y creyó en su insensatez hacer este sacrificio á un Dios de bondad; el mismo Vieland espiró á mis pies envuelto en su misma sangre que no habia querido derramar en los otros. ¡Y yo debia esperar mejor término, siendo de la misma familia! ¡Ah! todos, todos hemos de ser víctimas de ese hombre inconcebible y maravilloso, que con esperanzas lisongeras intentaba seducirme, y despues de haber sacrificado á sus pasiones y errores toda mi familia, me arrebata para sepultarme entre las ruinas de sus orgullosos designios. Pe-

ro ya solo debo prepararme á la muerte que se me depara; ya no hay remedio: voy á pasar el punto que me separa de la eternidad: y sumergida en amargo llanto me puse de rodillas, ofrecí al Hacedor supremo el sacrificio del resto de una vida tan desventurada. Sentada en una piedra, la cabeza inclinada sobre las rodillas, esperaba exhalar mi último aliento de vida.

Habian pasado veinte y cuatro horas en esta horrible situacion, cuando el desfallecimiento y la fatiga me sumergieron en un sueño que vino felizmente á entorpecer mis sentidos, y suspender el curso de mis tristes meditaciones. Ignoro el tiempo que dormí; pero me despertó y restituyó al sentimiento de mis penas, un ruido lejano y extraordinario. Puse atencion con grande ansia, y en esto paró el ruido. ¡Hor-

rible alternativa de esperanza y de desesperacion! ¡Ah! ¡vale mas no vivir que experimentarla! Repitióse de nuevo, y aun pareció esta vez que se prolongaba. Todos mis sentidos, toda mi alma estaba concentrada en mi oido; de alli á poco me pareció que oia pronunciar mi nombre; hice un esfuerzo, y di un grito agudo y prolongado. Se acercan; oigo distintamente que me llaman; respondo, y diviso algunos puntos luminosos al traves de las ruinas que me cercaban; me exhortan á que cobre ánimo, manifestándome que van á trabajar para libertarme, y ya no oí mas.

Llegué á dudar si aun soñaba; mi imaginacion debilitada no me permitia juzgar de la realidad. Agobiada por estas violentas conmociones, y desfallecida de necesidad caí sin sentidos, y

creí morirme. Luego el ruido que hicieron los trabajadores me volvió á la vida. Probaban obstáculos y dificultades inauditas hasta desconfiar que pudiesen salvarme: y asi ya decaian de ánimo, ya alentándose de nuevo volvian á tomar las herramientas, y porfiaban en sacarme. Me atormentaban estas alternativas, dándome sucesivamente la vida y la muerte, cuando por fin lograron quitar el último obstáculo. Mis ojos amortiguados se abrieron todavía á la claridad de las teas, y dirigiéndose maquinalmente á los obgetos que me rodeaban, al punto se cerraron.

Ignoro lo que pasó despues; pues cuando recobré mis sentidos me hallé acostada en mi aposento de casa de la señora Bainton, y esta tierna amiga estaba á mi lado. Por mucho tiempo desesperaron de mi vida; pero su afec-

tuosa asistencia me sacó de aquella peligrosa crisis, y el cielo inexorable me condenó á vivir todavía, para llorar y para gemir.

Antes de este acontecimiento creia que ya no me quedaba nada que temer de la adversidad; mas aun pude perder los pocos parientes y amigos que me quedaban. Compendiemos tan triste historia, que ya mis fuerzas apenas me permiten terminar. Mi tio, Pleyel, el señor Hallet, el mismo D. Francisco, todos habian perecido en aquella horrible catástrofe; asi me lo refirió penetrado de la mayor consternacion el sobrino de la señora Bainton, coronel de un regimiento de tropas provinciales, el cual se halló con mi tio y el señor Hallet al frente de la primera columna que penetró en el subterráneo. Fue testigo ocular desde el principio de la ac-

cion, tuvo la rara fortuna de escaparse con algunos otros de esta escena de destruccion, y fue igualmente desenterrado de entre sus ruinas. Esta es su dolorosa narracion:

Al dejar Pleyel al colono, para volar á mi socorro, le habia encargado un billete para el señor Hallet, en que le avisaba mi rapto, dándole todos los indicios que habia logrado sobre el lugar adonde me habian conducido. El señor Hallet, de concierto con mi tio, se habia apresurado á dar cuenta al gobierno de este acontecimiento, y de las circunstancias que le habian acompañado, y que este tomó las mas serias providencias cuando supo que existia un retiro, en donde se habian replegado los partidarios de D. Francisco, y de concierto con los salvages habia renovado sus antiguas conspiraciones. Hicieron

venir á Filadelfia al salvage que dió á conocer á Pleyel la situacion del subterráneo, y los medios de introducirse. No solo confirmó lo que habia declarado, sino que vencido por los regalos que le ofrecieron, les comunicó que D. Francisco, lejos de haber partido, estaba refugiado en aquel retiro, en donde de acuerdo con todas las tribus, proseguia con nuevo ardor el proyecto de aniquilar la colonia. Finalmente dió á conocer un paso muy distante, y cerca de las cataratas de Wigming, que proporcionaba para aquella guarida una entrada superable, mientras que era del todo imposible penetrar por el rio subterráneo, por donde habia yo entrado. Y á la verdad este era el único paso, y se necesitaba atravesar antes un pais habitado por los salvages, los cuales no solo defenderian los desfiladeros,

sino que durante aquellos combates preliminares, irian á alarmar el punto importante de que querian apoderarse; y aunque pudiese reunir una grande fuerza, no solo era entonces imposible forzar aquel retiro, sino que era de temer que cercado por todas partes pereciese el egército entero. Sola una sorpresa podia, pues, asegurar el egército, y resolvieron probarla, consintiendo en servirles de guia el salvage mismo.

Recógense las tropas, las que en número de seis mil hombres se reunen en Filadelfia de todos los puntos circunvecinos. Parten por la tarde para anticiparse á todo aviso; siguen la ribera izquierda de la Susquehanna, evitando ser vistos por los salvages, y antes de amanecer llegan al fuerte Shamochin. Pasó el egército todo el dia sin ser descubierto; pónese en marcha hácia la no-

che, llegando muy de mañana cerca de las cataratas de Wigming. Algunos soldados disfrazados iban delante, y sin disparar un tiro sorprendieron algunos salvages que estaban apostados, y degüellan una centinela que guardaba la entrada del subterráneo.

Dejan dos mil hombres para cubrir aquella entrada, y hacer frente á los salvages que podian sobrevenir, y los otros cuatro mil se internan por bajo tierra con bayoneta en mano. Despues de haber quitado con la misma dicha otros muchos apostados, llega el egército á una grande guardia atrincherada detras de una empalizada doble. Quieren tomarla, y resisten los salvages, viéndose precisados á emplear la fusilería, y despues de un combate muy porfiado logran vencer aquel obstáculo. Avanzan, pero ya se habia dado la a-

larma, y se iba extendiendo hasta el centro con tanta celeridad, que Don Francisco no supo que le atacaban hasta que el enemigo pasaba el último atrincheramiento. Me envia á Talcou, se arma, y reune su gente, poniéndose al frente de los suyos, y como valiente sale al encuentro de los que le asaltaban, sin conocer la fuerza que traian.

Pleyel, á quien de órden de D. Francisco se habia puesto generosamente en libertad, libróse del furor de los salvages, y habia hallado medio al principio del ataque de juntarse con los suyos, y ponerse á su frente. Las dos partes se ponen en direccion, y empieza un porfiado combate; el campo de batalla estrechándose impide que despleguen las fuerzas, y los mantiene por mucho tiempo en equilibrio. Pelean ambas partes con animosidad y encarniza-

miento. El amor y la ambicion animaban á D. Francisco; Pleyel peleaba con un odioso rival que habia destruido su dicha, y con un enemigo de su patria, y á todos los suyos animaba el deseo de preservar á sus mugeres é hijos de una entera destruccion.

Pleyel divisa á D. Francisco, da un grito de rabia, y le acomete con furor. La lucha, aunque terrible, queda por mucho tiempo indecisa. No pudiendo resistir Pleyel á la destreza y fuerza de D. Francisco habia recibido ya muchas heridas, cuando redoblándole las fuerzas la desesperacion, hace el último esfuerzo, y aprovechando un momento en que su adversario inquieto volvia los ojos á los suyos, le arroja felizmente con su arma en el suelo. Don Francisco sin retirar un paso quiere defenderse con la mano izquierda: ¡ vana

tentativa! Recibe nuevas heridas, y corre su sangre á arroyos; desfallece, quiere atrincherarse entre los suyos, y estos asustados por la desgracia de su gefe, van retirándose hasta los patios de palacio. Se encierra alli D. Francisco, y procura defenderse. Acosado contra las paredes de su palacio, y sin poder sostenerse, aun combatia con intrepidez, cuando Pleyel, encarnizado en la destruccion de su enemigo, logra en fin dar el golpe mortal. D. Francisco siente que no le queda mas que un instante de vida; no quiere caer vivo en las manos de su rival. Entra en el palacio; le siguen, iban á prenderle y desarmarle: »Tú no desfrutarás de tu triunfo, exclamó fulminando una mirada á Pleyel con ademan furioso, pereceremos juntos; jamas poseerás la muger que quisiste robarme." Se hallaba

entonces en una pieza que cubria un inmenso depósito de pólvora, adonde iba á parar un conducto escondido; D. Francisco coge una bugía encendida, y la aplica exclamando: »¡Oh! Clara...." Se vuela el palacio y todos sus contortornos, y los escombrós sepultan á Pleyel, á mi tio, al señor Hallet, y á la mayor parte del egército. Todos los que se interesaban en mi suerte, y que habian acudido á mi socorro, dejaron de existir; todos perecieron bajo aquellas inmensas ruinas, y quedó destruido el inmenso subterráneo desde los cimientos hasta la cumbre por aquella terrible explosion.

CAPÍTULO X.

Esto me refirió el sobrino de la señora Bainton, que combatió constantemente al lado de Pleyel, y que fue conmigo desenterrado de entre aquellas ruinas por los que habian quedado fuera, y que de pronto creyeron que un horrible volcan acababa de abrirse sobre sus cabezas. Si tardaron en librarme, si otros perecieron enterrados vivos, es porque fue imposible penetrar por las salidas ordinarias, y que no se podia lograr sino por una especie de crater, que arrancando una parte de la montaña, habia formado la explosion encima del punto en donde habia existido el palacio.

Tambien me informaron de que la baronesa de Stolberg, sabiendo el tris-

te fin de Pleyel, habia muerto de resultas de un mal parto por el pesar de esta pérdida. Quedé sola en el mundo, y de todos los que habia conocido; la señora Bainton era la única amiga con quien podia consolarme.

Asi acabó su maravillosa existencia aquel hombre extraordinario é inconcebible; este fue el fin de sus perversas maquinaciones é intrigas: el que tantas lágrimas me habia hecho derramar; el que del estado envidiable de la felicidad posible en esta vida, habia precipitado á toda mi familia en el abismo de la desgracia y del abandono; el que prevaliéndose de las disposiciones morales de mi pobre hermano, le habia hecho servir de verdugo de su muger é hijos, y el que para sacrificarme á su ambicion, y al desenfreno de sus pasiones, me habia armado los lazos

mas insidiosos contra mi honor y mi reputacion, envileciéndome á los ojos del único hombre con quien podia ser menos infeliz; este mismo habia perecido entre las ruinas de sus orgullosos proyectos. Su ingenio, sus vastos conocimientos, su fecunda é inagotable imaginacion, su increible facilidad, valor é intrepidez en egecutar los planes mas arduos, le hubieran hecho el hombre de su siglo, hubiera sido un héroe; pero tan preciosas cualidades mal dirigidas desde que sacudió el freno de sus maestros, fueron el instrumento de sus pasiones exaltadas, y le hicieron el hombre mas formidable y feroz: habiendo desconocido la religion que rectificase sus acciones, y no encaminando sus pasos la luz del Evangelio; la razon servia á su voluntad depravada; el bien y el mal era únicamente lo que contri-

buia ó estorbaba sus intereses; lo que era útil, le era lícito; y asi era vicioso, hipócrita, generoso, humano, cruel, segun las circunstancias en que se hallaba; la fe conyugal, el honor, el decoro, eran para él vanos nombres de que se servia, dándoles el valor que le convenia, para sus intrigas y seducciones; en una palabra, era un hombre abominable, era una fiera, era el azote de la inocencia y el agente del averno. Ya habia desaparecido, pero habia envuelto en su destruccion á cuantos tuvieron la desgracia de ser el obgeto de sus miras detestables.

Yo ofrecia un triste egemplo del peligro de las primeras impresiones, y de la necesidad de prevenirlas y moderarlas. Lejos de resistirlas en el ente cuya existencia misteriosa debia hacerme recelar, apartando todas las medidas

de prudencia, y creyendo no satisfacer sino una vana curiosidad, habia cedido al deseo de conocerle, y sin advertirlo me habia dejado llevar de su influencia poderosa. Habia apartado á Pleyel en el momento en que podia ser dichosa, y expuesto á unos riesgos, de los cuales, á no salvarme la singularidad de D. Francisco, y mis principios, no hubieran acaso sido suficientes para preservarme; en fin, mi ligereza é inconsecuencia habia sido el móvil de la pérdida de mi familia.

Apenas conservaba un resto de existencia física; pero mi existencia moral habia cesado. Solo podia vivir alejándome prontamente de aquella tierra fatal. La señora Bainton vendió prontamente mis bienes, y los que le pertenecian á ella; y no conociendo límites su amistad, resolvió abandonar aquel

pais, seguirme, y consagrar á mi consuelo lo restante de su vida.

Estábamos en la víspera de embarcarnos cuando vino á verme aquella amiga: »Ya no os puedo ocultar por mas tiempo, mi querida Clara, me dijo, que un salvage mutilado, y por decirlo asi, espirando, vino pidiendo el hablaros al dia siguiente, en que os trasladaron á esta casa. Como el estado funesto en que os hallabais entonces, y que se ha ido prolongando despues, no permitia concederle lo que pedia, lejos de irse se ha quedado con tenacidad sin apartarse de mi puerta, en donde á no cuidarle yo hubiera muerto de necesidad. Porfia diciendo que está encargado de una comision importante para vos, y parece que lleva bajo las pieles alguna cosa que esconde con mucho cuidado. Se niega absolutamente á

hablar palabra sobre el obgeto de su mensage, declarando que trae órden de dirigirse únicamente á vos, y que si persisten en negarle la satisfaccion de veros, quedará á mi puerta hasta vuestra partida, y que aun os seguirá mientras se lo permitan sus fuerzas. Yo intercedo, pues, con vos, mi estimada Clara, para que le degeis subir, á lo menos, para desembarazarnos de sus importunaciones."

Consentí en ello, y entró arrastrando con mucho trabajo; acercóse á mí, se prosternó, y presentándome una cagita que sacó de bajo de las pieles, dijo llorando: »Señora, aqui teneis lo que su magestad D. Francisco me ha confiado con órden de entregarlo á vos misma, si sucedia que pereciese por nuestra restauracion. Me conocia, y estaba seguro que solo la muerte podia

impedirme el cumplimiento de esta órden. Escapado por una rara felicidad de la destruccion general, vengo á poner esta cagita á vuestros pies, y despues ya moriré en paz, bendiciendo la memoria de D. Francisco, y haciendo, asi como todos los salvages de estas comarcas, ardientes votos por la felicidad de la que miran como á su reina. Ellos me han encargado que os diga, cuan satisfechos estarian si quisierais consentir en venir á vivir entre ellos, y permitirles que reuniendo en vos sola todo el afecto que tenian á vos y á D. Francisco, se ocupasen en consolaros, y haceros dichosa. Sus lágrimas no cesarán de correr pensando en el hombre generoso, que escogiéndoos con justicia por compañera suya, se sacrificó tan generosamente por su libertad. ¡Ah! ¡permitidles que cumplan con vos cuan-

to deben á la memoria de su malogrado restaurador!"

Yo le contesté que manifestase á sus compatriotas todo mi reconocimiento por el interes que tomaban en mi suerte, y por las ofertas generosas que le habian encargado que me hiciera, participándole que preferia retirarme á Europa. Recibí de sus manos el depósito que D. Francisco le habia confiado, y que estaba impaciente de saber lo que contenia, y rogué á la señora Bainton que socorriera á aquel fiel salvage, de modo que en lo venidero quedase asegurada su subsistencia. Luego que se hubo retirado esta amiga abrió la cagita. ¡Cual fue nuestra admiracion al hallarla toda llena de pedrerías dé un valor inestimable! Encima de todo estaba colocada una diadema de diamantes de un tamaño y brillantez extraordinarios.

En el centro habia una carta que contenia lo que sigue:

»Ignorando cual será el resultado de mi heroica empresa, y con el deseo de dejaros una prenda y recuerdo de mi amor, en caso de perecer en ella, entrego, Clara, esta cagita en manos de un salvage, cuya fidelidad, adhesion y exactitud merecen toda mi confianza. Contiene las pedrerías inestimables que Zora se llevó del serrallo, y la diadema que D. Sebastian previno para ella en Venecia, cuando todo presagiaba que iba á subir de nuevo al trono de Portugal. ¡Ah! Clara, ¡que muger fue nunca mas digna de llevarla!

»Cuando leais esta habré ya dejado de existir; pero siendo vos el obgeto de mi último pensamiento, mi último suspiro, el último latido de mi corazon irá acompañado de vuestro nom-

bre. ¡Ah, conceded una sola lágrima á mi memoria, y estaré completamente recompensado! Os conozco; no me la negareis, y esta idea me consuela de la desgracia de perderos.

»¡Ah! Clara, ¡que no os hubiese yo conocido antes! ¡Que no hubieseis nacido en la Abisinia, y sido reina de Narea! Bajo vuestra influencia hubiera su rey sometido al dulce imperio de la razon las pasiones fogosas que le han descarriado, y concentrando en vos sola todos sus afectos fuera virtuoso, y reinaria aun tranquilo y amado de sus vasallos. Mas un implacable destino se ha opuesto constantemente á mi felicidad. ¡Clara, vivid tan venturosa como mereceis....! Estos son mis últimos votos. ¡A Dios, Clara....! ¡A Dios!"

¡Como habia de negar una lágrima á un testimonio tan tierno del afecto

de este hombre desgraciado! Cayó sobre su firma, y ofrecí al cielo fervorosas oraciones, para que se dignase perdonarle sus errores y devaneos.

Me hallé sumamente rica; pero ¿que podia yo hacer de tantas riquezas en tan deplorable situacion? ¡Ah! mucho, sin duda; podia hacer á otros felices, enjugando las lágrimas de su indigencia, y en cierta manera expiar las faltas de D. Francisco, consagrando parte de sus tesoros á un destino tan noble, y tan conforme á mis principios é inclinaciones.

¿Que se habian hecho aquellos dias serenos de paz y de alegría que pasaba con Catalina, Pleyel y mi hermano? ¿Que era de aquel dichoso porvenir que nos prometíamos en la calma de nuestras pasiones? Habianse desvanecido todas aquellas lisongeras es-

peranzas; y aquellas hermosas perspectivas se habian transformado en monumentos de destruccion y mortandad. La calamidad y el infortunio lo habian talado todo, y solo habian dejado amargas memorias, crueles remordimientos, y tardíos desengaños. ¿En donde hallaria consuelo á tantos males, si la religion no venia á enjugar mis lágrimas, y si en mi muerte no me presentaba la aurora del dia interminable y apacible de la verdadera felicidad? ¿Adonde iria? Sola, sin apoyo, sin esperanza, ¿en que rincon de la tierra ocultaria mi miserable existencia? Tenia riquezas, podia hacer mucho bien; pero ¿quien me defenderia de la maledicencia, de la emulacion y de la calumnia? Habianse roto los vínculos que me ataban á este mundo, en que solo veia obgetos de dolor y de desesperacion.

La señora Bainton me hizo transportar en un navío que pasaba á Marsella. Nos dimos á la vela, y ya tocábamos el puerto, cuando una horrorosa tempestad nos arrojó á la costa. Estrellóse el buque, y pereció la tripulacion entera; la señora Bainton, esta generosa y benéfica amiga, que se me habia sacrificado, fue sepultada en las olas con todas mis riquezas; yo sola me escapé de su furor; sola yo les fui arrancada por algunos marineros de aquella playa. De mis inmensos caudales no se salvó, sino lo que apenas bastaba para mantener los restos de una miserable existencia. Me retiré á Mompeller, en donde principié á escribir estas memorias; y observo que al terminarlas, y dejar la pluma, se extingue mi último aliento.

Nota.

En efecto murió la desventurada Clara al terminar estas memorias que escribió á instancias de un pariente lejano, que vivia en Sajonia, de donde se ha visto descendia su familia. Todos los que figuran en esta desastrosa historia perecieron desgraciadamente. ¡Lastimoso cuadro de las funestas consecuencias de una educacion fanática y supersticiosa como la de Vieland, privada de la ilustracion del Evangelio; y trágica perspectiva de las calamidades, víctimas y ruinas que puede causar un hómbre, al cual, como al ominoso Carvino, no enfrene la religion cristiana su altivo saber y fogosas pasiones!

FIN DEL TOMO CUARTO.

NOTAS DEL TRADUCTOR.

TOMO TERCERO.

(1)

La anterior relacion de Carvino no es inventada por el autor de la novela, sino copiada del *Espia en las cortes de los príncipes cristianos*, ó *Memorias para servir á la historia de este siglo desde* 1637 *hasta* 1682, en la cual se lee lo siguiente: en el t. 1.°, carta 97.

»D. Sebastian murió en Africa á manos de los moros cerca de sesenta años hace; no obstante los portugueses creen que vive todavía. Partió de Lisboa en 1578, con el designio, en la apariencia, de restablecer en el trono á Muley Mahamet, gerife de Africa, que su tio Muley Abdelemeck habia desposeido; pero en la realidad, para hacerse dueño de la Berbería.

Tenia á su disposicion una armada de mil velas, bien provistas de toda suerte de provisiones, alguna tropa, y mucha nobleza. Este príncipe no pasaba de los veinte y cinco años cuando emprendió tan arriesgada expedicion. Era de talla mediana, pero robusto y bien formado; tenia los cabellos rojos, grandes ojos y llenos de fuego; su corazon era tan grande como su fuerza; no le arrastraba ninguna inclinacion violenta á los placeres que de ordinario apartan á los hombres de las cosas grandes; era moderado en todo, pero ligero en las empresas, firme é imperturbable en el mayor peligro. Sumamente económico en la inversion de sus rentas, sabia emplearlas en defender á sus vasallos, ó extender su poder. Afable para todos, guardaba la mayor circunspeccion en no agraviar á nadie aun en los ratos de buen humor. Era tan clemente, que huia de las ocasiones de condenar á muerte á ninguno de sus vasallos. Aunque gustaba con pa-

sion de la guerra, se cree que no hizo la expedicion de Africa, en donde pereció, sino por consejo, y á instancia de los españoles.

»D. Sebastian fue muerto con las armas en la mano peleando con un valor invencible. Los moros aseguran que sus mismos enemigos admiraron tanto su intrepidez, que no pudieron dejar de llorar su muerte. Abandonado de los suyos, recibió una herida mortal junto á la ceja del ojo derecho, y un grande golpe en el brazo, al parecer de mosquete. Dicen que fue enterrado en el campo de batalla al lado de un soldado moro, sin ninguna ceremonia ni acompañamiento fúnebre de sus parientes ó vasallos. Asi acabó aquel grande rey, que habia hecho temblar á toda la Africa.

»Los moros se regocijaron de la muerte de un enemigo tan poderoso, y sus amigos lamentaron su desventura. Los portugueses le hicieron magníficos funerales, y el rey de España ofreció muchos miles

de escudos á los que hallaran su cadáver, á fin de enterrarle de una manera correspondiente á su mérito singular, y nacimiento ilustre. Aunque ya se han reconocido despues cuatro reyes en su trono, hubo un hombre bastante osado que sostuvo á la faz de toda la Italia, que él era el verdadero D. Sebastian, rey de Portugal. Se presentó eu Venecia en una junta de los mas sabios magistrados de Europa, contó alli las aventuras de su vida, haciendo ostentacion de la historia de sus predecesores, y de las desgracias que habia sufrido en Africa, desde donde se habia retirado á la Calabria. Aun hizo mas; se desnudó ante esta ilustre asamblea, para hacer ver en su cuerpo diez y siete señales, que los mismos portugueses reconocieron ser iguales á las que sabian que su soberano tenia en su cuerpo: hizo ver tambien que tenia una mano mayor que la otra; todo lo cual eran indicios muy conocidos para no equivocar la persona de D. Sebas-

tian. Habló de los embajadores que habia enviado á la república, de las respuestas que habia recibido, y nada dijo que no se hallase conforme á la verdad; respondió sin titubear á las obgeciones que se le hicieron, y dió tan cabal satisfaccion á todo, que muchos senadores le tomaron por el verdadero D. Sebastian, y otros creyeron que era un hechicero.

»Por último aquel príncipe falso ó verdadero se le encerró en una prision á instancia del embajador de España, y despues de mucho tiempo fue puesto en libertad, con la condicion de que dentro de tres dias saldria de los estados de la república. Algunos portugueses, movidos de compasion, le disfrazaron de religioso, y le condugeron secretamente á Florencia con direccion á Roma; pero el gran duque de Toscana le hizo prender, y le envió al virey de Nápoles. Presentóse al virey, con el aire de confianza que siempre habia acostumbrado, dejando sorprendidos á cuantos le vieron y

oyeron hablar. Habiendo advertido que el virey estaba descubierto, le dijo con mucha firmeza y gravedad: *cubrios, conde de Lemnos.* Este ministro se creyó entonces obligado á preguntarle: *¿con que autoridad le hablaba con tanta osadia?* Respondióle que su autoridad habia nacido con él, y que por mas que la desentendiese, no podia olvidar que el rey Felipe su tio le habia enviado dos veces, y que la espada que tenia entonces á su lado era la misma que le dió en aquel tiempo.

»El virey sentenció de que era un impostor que merecia ser enviado á galeras, adonde efectivamente fue conducido de alli á poco, muriendo despues en aquellos penosos trabajos. No obstante los portugueses han quedado persuadidos que efectivamente era su rey, y aun lo estan creyendo en el dia, no siendo posible apartar esta quimera de su entendimiento. Unos quieren que fuese algun mágico, otros un impostor, y algunos mas ignorantes le tenian

por un diablo, si no era el verdadero rey.

»Hay otros egemplos de impostores tan descarados: en Roma hubo un hombre que llegó á tener la desvergüenza de decirse el verdadero Pompeyo, que fue muerto en Egipto por la crueldad del jóven Ptolomeo. La reina Artemisa halló un Artemio, que semejaba tanto á Antíoco su esposo, que ella habia hecho asesinar; y puesto en la cama de aquel príncipe, no fue conocido de los suyos, y les recomendó á Artemisa, haciendo varias cosas entonces en su favor. Bajo el imperio de Tiberio sorprendió la respuesta que le dió un esclavo. Preguntóle el emperador: *¿Como se habia hecho Agripa?—Yo me he hecho Agripa*, respondió sin titubear, *de la misma manera que tú te has hecho Cèsar.*

»A mas del D. Sebastian, de que se ha hablado, ha habido otros dos; el uno habiendo salido de las islas Terceras, siendo muy semejante á aquel príncipe, vino á Portugal, en donde dió á entender que es

habia escapado por milagro de la batalla perdida en Africa; que refugiado á los bosques se habia restituido á sus estados para dar la paz á su pueblo, y libertarle de la tiranía de los extrangeros; pero fue convencido de impostura, y le dieron la muerte.

»Dicen tambien que vino otro á Madrid disfrazado de peregrino, y que habiéndole reconocido el rey Felipe II en una conversacion secreta, fue envenenado de su órden en un convite por Antonio Perez."

(2)

Compárese lo que dice el autor sobre la piedra filosofal con la carta 119 del t. 1.° de la obra citada del *Espía en las cortes cristiana*, y se verá si es mas original que en la historia del rey D. Sebastian.

»El rey Geber era el mas sabio, y el que con mas perspicuidad ha tratado de la ciencia de hacer el oro; pero únicamente

los verdaderos filósofos, y los que han estudiado bien la naturaleza, pueden entenderle con facilidad. Son muchos los que han trabajado con teson, pero pocos los que tienen las calidades necesarias para salir bien con su intento. Es inútil la ciencia especulativa sin un grande egercicio, y en vano trabaja el que no toma por guia á la naturaleza, y no se arregla á las operaciones que hace con los minerales, porque segun Geber, los principios del arte son los de la naturaleza misma, que solamente en los metales pueden encontrarse los metales, y que solo por ellos se puede lograr sacarlos perfectos.

»El verdadero medio de conducir esta grande obra á su perfeccion es unir los espíritus minerales, purificados por el arte con los cuerpos perfectos de los metales volatilizados, y despues fijos, conservando toda la humedad radical, y aumentando el calor nativo por una coccion razonable que ponga en fermentacion toda la masa. Este

maravilloso compuesto, insinuándose con su penetracion en las partes mas sutiles del metal derretido, y derritiéndole radicalmente, le purga de todo lo que no es la esencia del oro y del mercurio, hasta que el todo llegue á su última perfeccion, lo que ha hecho decir al maestro de los maestros, al sabio Geber, que este perfecto elixir, siendo la sustancia pura de los metales, busca en los metales derretidos lo que es de su misma naturaleza, y se perfecciona. Y como es imposible al artista producir nada de nuevo, sino juntar ó separar lo que la naturaleza ha producido, Raimundo Lulio ha querido darnos á entender que este arte consiste en el ser metálico, el cual contiene el espíritu mineral, y que los metales no son otra cosa que el espíritu que hace la piedra filosofal, y este espíritu es propiamente la virtud de los minerales que contiene el gérmen de ellos. Pero el célebre Geber ha mostrado claramente, que la naturaleza ha cria-

do esta piedra, y que el artista nada le añade ni quita, solo le hace mudar de lugar por medio de la operacion.

»Este cuerpo mineral, aunque muy espiritoso, tiene cuatro especies de superfluidades, de las que debe purgarle el artista; á saber, humedad, tierra, azufre y sal. Se le debe, pues, purificar por la calcinacion, disolucion, sublimacion y fijacion, á fin de que no quede mas que el húmedo radical, fijo y permanente; el cual unido de un modo indisoluble con el cuerpo perfecto, forma el compuesto incomparable que tanto se busca, y raras veces se halla siendo un elixir cálido, que puede madurar y purificar todos los metales imperfectos, y convertirlos en oro ó en plata. Despues se da actividad al oro refinándole por nuevos grados de fuego.

»Para trabajar con fruto es preciso seguir á Raimundo Lulio: este grande filósofo sostiene que para hacer oro se necesita oro y mercurio; y para hacer plata,

se necesita plata y mercurio. Entiendo por mercurio aquel espíritu mineral tan fino y depurado que dora el oro vírgen, y platea la plata.

»Son pocos los que logran la perfeccion en esta obra, necesitando conocer muy bien la naturaleza, y tener una paciencia á toda prueba, ser infatigable, tener grande robustez, y estar en la flor de la edad para resistir el trabajo, que requiere un hombre que no necesite ocuparse en otra cosa. Sin duda muchos lo han conseguido, porque sin esta suposicion, ¿de donde vendria esa grande cantidad de oro que se ve en el comercio? Los fabricantes de moneda de Francia afirman, que se les traia mas oro del que pudiese venir de los paises extrangeros, de donde infieren que el arte es verdadero, y que existe la piedra filosofa

»Esta operacion es sumamente difícil, y las mas veces no produce en los crédulos mas que mucha hambre, frio y humo."

TOMO CUARTO.

(3)

De estos sucesos maravillosos tenemos la siguiente muestra en las *Cartas á Sofia sobre la fisica, química é historia natural por Mr. Martin*, en la *historia* alegórica *del príncipe de Caquemira*, ó *los prodigios de la ciencia*,

»Ya muchos dias hace que el príncipe de Caquemira iba caminando hácia el oriente con la esperanza de hallar el cabo del mundo. ¡Maldito genio! decia, ¿por que me has condenado á buscar inútilmente una muger infiel? Descubrió por fin los escombros de un antiguo castillo, que tenia una torre al norte y otra al medio dia; estaba construido al borde de un precipicio espantoso, junto á una elevada montaña, desde donde se caian con estruendo tres

espantosos torrentes sobre aquellas ruinas. Absorto en la contemplacion de aquel maravilloso espectáculo quedó como dormido, de cuyo enagenamiento le sacó el estampido del trueno. Acércase á una hendidura que el rayo habia dejado en la pared, y quedó sorprendido al ver una soberbia ciudad á la salida de la aurora, y dió un grito de alegria, reconociendo á Caquemira, en donde reinaba su padre, y de la cual se creia distante mas de cuatro mil leguas. Luego se puso en movimiento toda la poblacion, las tiendas de los mercaderes se abrian por todas partes; en vano el príncipe alzaba la voz, pues nadie le respondia. Impacientado de que no le escuchasen, se retira, toma la espada para ensanchar el paso, y volar á su patria. ¡Oh sorpresa! en el mismo instante desaparece todo, y vuelve á la obscuridad. Acuérdase entonces el príncipe de haber visto una ventana; la busca, la halla, y queda asombrado hallándose en las sombras de la no-

che. Acababa de ver salir la aurora, y no obstante la luna en medio de su carrera llenaba todavía el cielo con su benigno resplandor. Tenia á sus pies un precipicio; los tres torrentes caian con estrépito espantoso, y reflejaban una luz pálida. Habia pasado el príncipe unos minutos de perplexidad y de asombro, cuando divisó un espectro negro puesto de pies al lado de su taburete. Lleno de ardimiento se arroja á él, y al tocarle se siente herido por mil chispas de fuego que salen del rostro y del cuerpo de la fantasma inmóvil. Retrocede el príncipe amedrentado mientras el espectro escribe estas palabras con letras de fuego sobre los girones de los tapices: *si no temes la muerte, bien puedes seguirme.* Sombra, ó demonio, exclamó el príncipe, yo te seguiré hasta los infiernos. A estas palabras la fantasma toma un velon, le enciende aplicando el dedo, del cual sale una chispa viva, y alzando una trampa se descubre una escalera, y baja delante alum-

brando al príncipe, que la sigue empuñada la cimitarra.

»Habia el príncipe caminado cerca de dos horas por las sinuasidades de un subterráneo, cuando de improviso desapareció el espectro con su velon, dejando á nuestro héroe en medio de horribles tinieblas. En esta penosa situacion iba á retroceder, cuando súbitamente una voz de muger de las mas dulces se hizo oir á su lado. La cancion era de amor, y de amor constante.

»¡Ah! exclamaba el príncipe, ¡si fuese esta la belleza que ha de desencantarme, negándome un beso, seria completa mi dicha. Hasta ahora yo no he podido hallar sino mugeres fieles que me abrazaban cuantas veces queria. Aproximóse al puesto por donde salia la voz, y al tocar la pared recibe un golpe terrible, y brillan en torno de él bochas de fuego; quiere presentar la espada, y le repele otra fuerza; avanza, y sucumbiente cubierto de llamas; saltan chispas de todo su cuerpo, y parece

que le consuma interiormente una hoguera sin dolor ninguno. Dirigiéndose á una luz que divisó á lo lejos, se halla á la orilla de un rio, cuyas aguas negras se perdian con estruendo por unas cavernas inmensas y tenebrosas. Le atormentaba una ardiente sed, se baja para sacar agua; pero ¡oh sorpresa! se transforma en fuego en las manos del príncipe, que le causa una violenta conmocion. Amedrentado retrocede, se le erizan los cabellos en la cabeza, y se coronan con una luz azul; quiere huir, cae, siente que le llevan arrastrando á la sima de un precipicio; y se halla de repente en un vasto salon iluminado por doce ruedas de cristal, que dando vueltas con rapidez hacian saltar torrentes de llamas por otros tantos tubos de cobre. Aun le parecia al príncipe, ¡ne bajaba rodando. ¡Ay de mí! por mas que camine por este maldito castillo, ni hallaré el fin del mundo, ni la mujer infiel..... *Aqui*, dijo una voz terrible al oido del

príncipe; *aqui*, le dicen por segunda vez al otro oido, sin ver á nadie. Quiere examinar aquellos tubos rutilantes, y se retira horrorizado al ver en una mesa algunos brazos y piernas, que aunque separados de los cuerpos, estaban agitados por movimientos convulsivos, y procuraban reunirse. Aquella claridad pálida, aquellos ruedos de cristal, aquellos brazos y piernas siempre en movimiento, formaban una escena tan extraña como espantosa. Bien comprendió el príncipe que se hallaba en la gruta de algun mágico, y empuñaba con fuerza la espada, cuando distinguió á mas doce cabezas colocadas sobre otras tantas columnas rompidas. Una de ellas, dirigiéndose á la que tenia á su lado, le dijo: es menester confesar que este príncipe de Caquemira lo toma muy de espacio, y entre tanto la princesa se está muriendo, y de cada dia nuestras cabezas pierden de su hermosura. Es un loco, respondió la otra cabeza, con un cabo del mundo, y con su

muger infiel. Se cree encantado, repuso la tercera cabeza, y aseguran que es preciso que una muger inconstante le niegue un beso. ¡Ah! exclamó la cuarta, seguramente es una leccion de moral que quiere darle el encantador Galbani. Demasiado cierto es que todos los hombres estan prendados de la hermosura, hasta el momento en que una muger infiel los desencanta, y para siempre. Su cabeza, replicó la primera que habia hablado, estará bien pronto entre las nuestras. Espero que no, prorumpió el príncipe. Al punto todas las cabezas dieron gritos tan espantosos, que el príncipe amedrentado se fue aceleradamente. Ya habia atravesado muchas galerías cuando se halló en un hermoso retrete, ¿y cual fue su sorpresa al ver alli una muger celestial dormida en un sofá ricamente l rdado de oro y de perlas. ¡Ah! decia el ı íncipe acercándose á ella de puntilla, ¡cuan bella es! Si esta no es infiel, jamas hallaré otra. ¡Ah! ¡que pena! ¿Si me negará, ó

me concederá el abrazo.....? Esta es una parte de los prodigios que se pueden obrar por la electricidad y el galbanismo, y este cuento es la obra de la ciencia. *t. 3, carta 164.*

SATISFACCION A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES Y AL PUBLICO.

En el prospecto de esta Coleccion se ofreció, que dentro del presente año se publicarian todas las novelas que debe comprender; pero habiéndose recibido posteriormente algunas órdenes del Juzgado general de Imprentas, se ha retardado legitimamente aquella promesa del Editor; el cual manifiesta á los señores suscriptores esta imprevista ocurrencia que sincera su palabra, y le pone á cubierto de toda reconvencion, y les promete compensar esta dilacion acelerando en cuanto penda de su esmero y actividad la impresion de las restantes, aunque para ello sea preciso variar el órden que se habia propuesto en su publicacion.

En la novela siguiente se insertará la lista de los señores suscriptores.

ÍNDICE.

Capítulo I..... pág. 5
Capítulo II..... 48
Capítulo III..... 63
Capítulo IV..... 108
Capítulo V..... 121
Capítulo VI..... 136
Capítulo VII..... 150
Capítulo VIII..... 166
Capítulo IX..... 190
Capítulo X..... 209